



Las maletas de Auschwitz

Daniela Palumbo

Ilustraciones de Eleonora Arroyo



Norma

Las maletas de Auschwitz

Las maletas de Auschwitz

Daniela Palumbo

Ilustraciones de Eleonora Arroyo

 **Norma**

www.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,
Guatemala, Lima, San José, San Juan, Santiago de Chile

Palumbo, Daniela
Las maletas de Auschwitz / Daniela Palumbo ; ilustradora Eleonora
Arroyo. - Bogotá : Educactiva S. A. S., 2013.
184 p. ; 20 cm. - (Colección torre de papel. Torre amarilla)
ISBN 978-958-776-017-0
1. Novela italiana 2. Guerra Mundial II, 1939-1945 - Novela
3. Holocausto judío (1939-1945) - Novela I. Arroyo, Eleonora, il.
II. Tit. III. Serie.
853.91 cd 21 ed.
A1408068
CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© 2011, Edizioni Piemme S.p.A., Corso Como, 15,
20154 Milan, Italy International Rights © Atlantya, S.p.A., Via
Leopardi, 8, 20123 Milan, Italy
foreignrights@altantya.it - www.atlantya.com
© 2013, Mensajero, para la edición en castellano
© de la presente edición, Educactiva S. A. S., 2013
Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia.
Titulo original: *Le Valigie di Auschwitz*

Los personajes, los nombres y todo lo relacionado con ellos
en este libro son propiedad de Edizioni Piemme S.p.A y están
exclusivamente representados por Atlantya S.p.A. en su versión
original. Cualquier versión traducida o adaptación son propie-
dad de Atlantya S.p.A. Reservados todos los derechos.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.
Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
"N"/Norma/Carvajal @ bajo licencia de Grupo Carvajal
(Colombia).

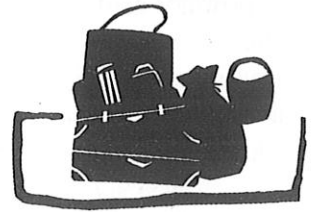
Impreso por Editorial Buena Semilla
Impreso en Colombia. *Printed in Colombia.*

Primera edición: agosto de 2013

Directora editorial global: Hinde Pomeraniec
Traducción: M. M. Leonetti
Diagramación: Daniela Coduto
Corrección: Patricia Motto Rouco
Ilustraciones: Eleonora Arroyo

61079556
ISBN 978-958-776-017-0

A Sofia, Eleonora y Alba.



Contenido

Prólogo	11
Carlo / Italia	19
El momento mágico	21
El último día de escuela	27
Anna no está	35
Los compañeros de la escuela	41
¿Quién tiene miedo de los judíos?	43
La fuga	47
La partida	57
Hannah y Jacob / Alemania	61
El miedo	63
Hannah y Rose	69
Nora, la rebelde	75
Jacob en la clínica	83
Hannah cuenta las estrellas	91

Émeline / Francia	97
Los postigos azules	99
René	109
La niña más sola del mundo	123
Fabien Durand	133
En lugar seguro	141
Dawid / Polonia	143
El violín	145
Dawid se queda solo	151
El extraño cortejo de los músicos	155
La mujer de Jan Posnan	163
Tereza	169
La vecina de al lado	175
Agradecimientos	183

*Auschwitz sigue estando aún
dentro de nosotros.
No he dejado de recordar
ni un solo minuto todo lo que allí pasó.
Al principio he intentado contarlo,
pero he parado enseguida.
Nuestro deseo más grande,
lo que más necesitábamos,
era decir a todos lo que pasó allí,
pero nos hemos dado cuenta enseguida
de que la gente no quería escuchar
y, sobre todo, no se lo podía creer.*

Goti Bauer.

*(Tomado de Daniela Padoan,
Come una rana d'inverno, Bompiani).*



Prólogo

¿Sabes qué es un testigo? Un testigo es una persona que conoce un hecho porque lo ha visto o lo ha vivido.

En este libro voy a contar una historia, y hasta más de una, de muchachitos que vivieron hace un montón de años, en un tiempo en el que yo no había nacido todavía. Por consiguiente, no soy testigo de sus historias. Sin embargo, los he conocido a través de libros, a través de relatos escritos de personas que vivieron esos hechos. Me he enterado de que hubo un tiempo en que se obligaba a los niños a partir con una maleta hecha a toda prisa, hacia un destino que no conocían, y no volvían a

sus casas. Nunca. Desde entonces estos niños están también en mis recuerdos, sus historias me miran. Aunque nunca los haya conocido.

Un escritor, que se llama Paul Auster, ha escrito que *la memoria es un lugar, un lugar real que podemos visitar*. El lugar que conserva la memoria de esos niños y de sus pequeñas maletas se llama Auschwitz, y podemos visitarlo. Vamos a empezar desde allí.

Los nazis construyeron el campo de exterminio de Auschwitz en la pequeña ciudad de Oswiecim, en Polonia. Era el 22 de mayo de 1940. El campo fue erigido con una sola finalidad: acabar con los judíos. Exterminarlos.

¿Por qué?

Porque eran judíos.

En nuestros días, el campo de exterminio, que en alemán se dice *Vernichtungslager*, se ha convertido en un museo.

Yo he estado en él. Es un lugar oscuro... Imagínate un lugar donde la alegría, las sonrisas, los abrazos y las bromas no hayan entrado nunca. Un lugar en el que ni siquiera el sol, cuando se asoma a las grandes ventanas de las diferentes estancias, consigue hacer desaparecer la gélida oscuridad que ha quedado adherida a las paredes y a los techos. La oscuridad ha penetrado, como un polvo sutil, en cada grieta de Auschwitz. Nunca se irá de allí.

En la estancia número 4 del bloque 5 hay un largo cristal que separa al visitante de miles de maletas amontonadas unas encima de las

otras. Una montaña de bolsas vacías, todas diferentes: viejas, rotas, estrechas, anchas, remendadas, de cartón, elegantes, de tela, de piel...

Al entrar a este lugar, el visitante se queda inmóvil mirando las maletas. En toda ellas aparece escrito un nombre, un apellido y una dirección.

Las hay pequeñas y grandes. Sin embargo, no son las dimensiones de la maleta las que dicen si la esperanza que transportaba era grande o pequeña.

Una esperanza es una esperanza. Punto. Y una maleta es el lugar adecuado para conservarla. Porque hay sitio para ir, y para volver. Por lo general, así es como funciona. Sin embargo, no es así en esta historia, no es así con estas maletas.

Los soldados nazis robaban a los judíos de sus casas y los sacaban de ellas. Algunos mientras dormían, otros mientras comían, estudiaban, jugaban, tocaban algún instrumento musical... Les decían que estarían fuera durante mucho tiempo, pero que volverían a sus casas. A fin de engañarlos les hacían preparar una bolsa para el viaje, pero si alguien les preguntaba adónde los llevaban, los alemanes no respondían.

¿Cómo vas a preparar una maleta si no sabes adónde vas? No puedes saber lo que te va a ocurrir.

Así las cosas, los judíos, para no equivocarse, ponían un poco de todo en la bolsa: ollas, juegos, zapatos, muñecas, cuadernos, violines, ropa, dinero, cepillos, papeles, hojas, lápices, colores, fotografías, diarios, mantas, pan... Los objetos entrañables, las cosas de uso diario. Las mismas cosas que habrían de poner también en la maleta en el viaje de vuelta a casa. Sin embargo, poco después, empezaron a comprender que sería muy difícil, porque nadie había vuelto nunca de aquel viaje.

Adolf Hitler decidió que los judíos debían ser exterminados en los campos de concentración.

Hitler dijo un día: *El judío es alguien que envenena todo el mundo. Si el judío saliera vencedor, sería el fin de toda la humanidad, con lo que este planeta se quedaría pronto sin vida.*

Fueron millones los que le creyeron.

¿Por qué?

Porque Hitler dijo a los alemanes que ellos eran el pueblo más fuerte de la Tierra y, si le obedecían, dominarían el mundo.

Cerraron los ojos, inclinaron la cabeza. Obedecieron.

Y construyeron *Vernichtungslager* en muchas ciudades de Europa. Y uno de esos campos de exterminio es Auschwitz.

Los judíos eran llevados en tren a Auschwitz; pero eran trenes "especiales"; no había asientos como cuando vamos de excursión. Cuando

lo hacemos escuchamos música, leemos y de vez en cuando miramos por la ventanilla para soñar. No. Los alemanes usaban para los judíos los vagones de mercancías donde transportaban normalmente a los animales. Las personas debían permanecer de pie, aferradas unas a otras, sin agua ni comida, durante días. Sin poder bajar, sin poder lavarse, sin poder ir al baño. Morían muchos en el tren, porque aquel viaje estaba pensado para que ninguno de ellos volviera a casa. Sin embargo, los nazis hacían pagar billete para aquel viaje que era solo de ida.

Los que conseguían llegar a Auschwitz bajaban de los trenes y se encontraban a los nazis esperándolos, y los golpeaban y les gritaban.

Después los soldados empujaban a los niños, las mujeres, los viejos y los hombres que no eran bastante fuertes para trabajar y los metían en una enorme sala, donde los hacían desnudarse explicándoles que iban a darles una ducha.

Antes, sin embargo, les hacían escribir sus nombres en las maletas para, así, encontrarlas después: una última maldad de los soldados nazis, que querían hacer creer a las personas que, después de la ducha, se les restituirían sus efectos personales. No todos daban crédito a esas promesas, pero de todos modos escribían sus nombres y apellidos y el lugar de procedencia: en cualquier parte que los precipitaran, deseaban que quedara constancia escrita de que habían existido.

Más tarde, hombres, mujeres y niños eran introducidos en una estancia donde desde unas pequeñas grietas salía un gas que los mataba en pocos minutos. Fuera, entre tanto, los alemanes tomaban todo lo que había en las maletas y se lo quedaban, o bien lo enviaban a Alemania: no se desperdiciaba nada. Las bolsas vacías las echaban en un gran almacén.

Aquellas maletas se encuentran hoy en el bloque 5, detrás de un cristal. Y se pueden leer los nombres, los apellidos, las direcciones escritas por los hombres, por las mujeres y por los niños que pasaron por allí. De este modo, nadie podrá decir nunca que aquellas personas no existieron. Nadie podrá hacer desaparecer nunca Auschwitz.

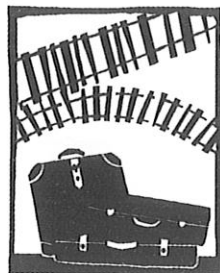
Hitler perdió la guerra en 1945. Ahora bien, a pesar de que no fueron exterminados todos los judíos, se calcula que murieron más de seis millones (un tercio de los judíos de Europa). Además de ellos, los nazis hicieron perecer en los campos de concentración a otras diferentes categorías de personas: homosexuales, gitanos, minusválidos, prisioneros de guerra, opositores políticos... No hay una cifra exacta, pero en cualquier caso se trata de millones de personas, entre siete y once, lo que da un total que oscila, por tanto, entre los trece y los diecisiete millones. De estas personas han quedado los objetos que cuentan su vida pasada: peines, zapatos, ollas, guitarras, juegos, plumas,

diarios, camisetas, muñecas, violines, cabellos, sombreros, ropa, brochas...

Cuando te encuentras en Auschwitz ante ese cristal mirando las maletas abandonadas, casi esperas oír las voces, las carcajadas, ver los rostros de los niños. En ciertas ocasiones no hace falta conocer a las personas para sentir su falta; basta con un nombre escrito sobre la maleta de un extraño que partió en un tren para desaparecer.

Detrás de ese cristal, me ha acontecido oír las voces de Carlo, Hannah, Jacob, Dawid, Émeline... Al principio eran voces desconocidas y parecían todas iguales. Sin embargo, aguzando el oído, he aprendido a distinguir las y ahora ya no me son extrañas.

Me gustaría quitar el cristal, abrir las maletas con los nombres y buscar la esperanza que ha quedado dentro de ellas. Me gustaría liberarla, estoy segura de que volvería a casa.



Carlo
Italia

El momento mágico

— ¡V
amos, Carlo, ven que llega otro,
date prisa!

El tren resoplaba como si estuviera cansado. Llegaba de Nápoles, y hasta Milán faltaban aún casi ochocientos kilómetros. Eran las seis de la mañana. Carlo estaba en la Estación Central desde las cinco y media. Su padre, Antonio, era ferroviario y empezaba a trabajar al alba. Con frecuencia se llevaba a su hijo los domingos a los trenes. Ahora que le habían dicho que no podía seguir trabajando seguía viniendo igual con Carlo. Un poco para contentar al niño y otro poco porque se aburría en casa. Y también un poco porque todavía no se lo creía.

Carlo sentía pasión por los trenes. El domingo nunca se le pasaba levantarse pronto por la mañana para seguir a su padre al trabajo. Los días que había escuela, sin embargo, le suponía un tormento levantarse. Y pensar que lo despertaban más tarde que cuando debía ir a ver los trenes con su papá, pero era completamente distinto. Ciertamente, era difícil hacerle comprender, sobre todo para su mamá.

“Mamá, es verdad, cuando tengo que ir con papá no me siento tan mal”, le decía Carlo a su madre cuando esta perdía la paciencia llamándolo cada vez.

Tenía sueño por todas partes: dentro de los ojos, dentro de la cabeza, en las piernas; no conseguía sacudírselo hasta que llegaba a la escuela y veía a Anna, que tenía nueve años y la mirada siempre fija en él. Todos decían que eran novios. Carlo se ponía rabioso y decía que no era verdad; él no le había pedido a ella que fueran novios, ni tampoco viceversa. Anna, en cambio, estaba decidida. Cuando alguien le planteaba la pregunta, respondía: “Por mí podríamos ser novios, pero debe ser Carlo el que me lo pida”.

Dado que él era un tímido, su noviazgo oficial siempre quedaba retrasado. No es que Carlo estuviera disgustado: Anna era simpática y le gustaba, pero sus ojos eran como estiletes, los sentía clavados sobre él y no se los podía sacar ni con alicates. Y ni siquiera eran novios...

Con los trenes, en cambio, era distinto. Estos silbaban, hacían un ruido enloquecedor, pero no daban miedo.

Si era el turno de su padre, Carlo se levantaba el domingo muy temprano y lo acompañaba. Lo habría seguido también de noche, pero su madre no quería. Decía que un niño debía estar durmiendo a esa hora.

Carlo tenía nueve años y no se sentía un niño en absoluto. Y jamás habría renunciado a mirar los trenes que entraban en la estación: ese era *el* momento mágico, el instante preciso en que el tren se anunciaba con el solo rumor de los raíles y el silbido potente. Entonces la estación se quedaba muda, todo se detenía: las voces, los gritos, las risas. Todo enmudecía. Silencio. Carlo divisaba de lejos el tren que entraba en la estación y lo veía hacerse grande de repente, poderoso e invencible. Era un instante, una milésima de segundo, pero parecía eterno. Después se rompía la espera y todo volvía a ser como antes. Sin embargo, a pesar de ello, ese instante era fenomenal, inigualable.

“Vamos, ponte en tu sitio y no molestes —le decía su padre—. Si ves que no te lo quieren dar, no insistas, ¿de acuerdo?”.

“Sí, papá, puedes estar tranquilo. Lo sé, lo sé”.

Carlo se ponía siempre al final del vagón número seis. Era Antonio quien se lo había sugerido. “Es el estratégico, Carlo, acuérdate. Los pasajeros de los primeros vagones

ven la salida a un paso y se ponen nerviosos si alguien se les pone en medio cuando bajan, porque ya querrían estar fuera. Desde el sexto vagón hacia atrás la salida se presenta distante. Las personas bajan del tren y van resignadas: saben que deben hacer un buen trecho de camino para salir y, si no llevan mucha prisa por algún motivo particular, se dirigen tranquilas hacia la salida. Tú espera y no des la impresión de estar ansioso por detenerlas, porque de lo contrario te evitan”.

Carlo esperaba a que se abrieran las puertas y después, en voz alta, empezaba: “Buenos días, señora, ¿ha tenido un buen viaje? Por favor, ¿puede darme su billete? Gracias”. Muchas veces había oído a su padre decir estas palabras en el tren cuando revisaba los billetes de los pasajeros.

Siempre la misma frase, sin pausa. Sin embargo, cada vez que las palabras salían de la boca de Carlo parecían nuevas. Y es que él se las creía, se sentía el jefe de estación, y esto le gustaba más que nada en el mundo. Ni siquiera los ojos de Anna tenían el mismo poder.

Los pasajeros reaccionaban de diferentes modos. Algunos le sonreían sin darle demasiada importancia, otros lo miraban de través y seguían recto; había algunos que le daban el billete sin sonreír y otros que se lo ofrecían con una caricia. Había incluso quien, distraído, pensaba que el niño estaba pidiendo limosna, y junto con el billete le daba dinero. Entonces

Carlo corría detrás de él para devolvérselo, a toda costa. Eran órdenes de su padre. Su papá nunca había querido que aceptara dinero, no lo llevaba con él para eso. Y mucho menos ahora: hubieran sido capaces de denunciarlo. No se podía correr riesgos. Ahora ya no.

Cuando hasta el último pasajero había ganado la salida, Carlo contaba satisfecho el botín de la jornada. En alguna ocasión había llegado a recoger cincuenta billetes. En cada uno escribía a pluma la fecha del día.

Cuando llegaba a casa, los depositaba en el cajón donde los guardaba. Nadie podía meter la nariz en él. Su madre había visto una vez el cajón que desbordaba y lo había abierto. Al hacerlo, algunos billetes habían caído al suelo y ella, enfadada por el desorden, había tirado unos pocos.

Carlo no quiso comer y se encerró en su cuarto durante dos días. Lloraba. Antonio, su padre, se enojó con su mujer.

Al tercer día su madre fue al cuarto de Carlo y le dijo: “Te pido que me disculpes. Nunca más volveré a tocar tu cajón. Ahora bien, debes tenerlo ordenado. Encuentra la manera de conservar tus billetes sin que vayan por todas partes. Tal vez sea mejor que les encuentres otro sitio, pero no quiero verlos revolotear por todas partes en casa. Te prometo que no lo volveré a hacer si los conservas ordenados”.

Fue una paz justa. Carlo repartió los billetes en dos cajones.

—¿Cuántos has conseguido hoy? —le preguntó Antonio aquel día.

—Cuarenta y ocho, papá. Los pasajeros están todos en regla, nos podemos ir. En casa les pondré la fecha de hoy: 15 de octubre de 1938.

26

Volviéndose, el niño le dijo a su padre:

—Papá, todavía no me has explicado por qué ya no te dejan ir al trabajo. Tú eras muy bueno para hacer que todos te dieran el billete. Te obedecían de inmediato, no como a mí.

Ya se lo había preguntado más de una vez y siempre recibía la misma respuesta.

—Un día te lo explicaré. Es difícil de comprender para un niño de nueve años.

El último día de escuela

Carlo estaba ya en cuarto de primaria. La escuela había comenzado pocos días antes. Aquella mañana, el gato Aquiles perseguía las hojas amarillas y marrones caídas de los robles del jardín que rodeaba las aulas. El viento hacía que se arremolinaran las hojas de repente y las empujaba lejos. Aquiles no se daba tregua: las espiaba y, en cuanto se movían, se lanzaba sobre ellas, convencido de que estaba cazando un ratón o una lagartija. Mientras Aquiles intentaba capturar el viento, Carlo entraba a la escuela por última vez.

Aquiles era el único animal tolerado por Alfredo Cisco, el severo director de la escuela

Mazzini, un hombrecito muy bajo y muy ancho, que cada mañana examinaba minuciosamente todo el edificio y gritaba detrás de siete de cada diez bedeles.

Llegó un momento en que el director prohibió que le llevaran comida a Aquiles. Era preciso reconocer que el gato se había puesto gordo, porque los niños le traían cada mañana las sobras de la cena y él nunca rechazaba nada.

Por eso el director había escrito una larga circular en la que explicaba que la celadora Assunta se ocuparía de dar de comer al gato, y sería la única persona autorizada a hacerlo, es decir: que si se sorprendía a otra persona llevando comida a Aquiles, el transgresor perdería una semana de vacaciones si era un maestro o una maestra, y dos semanas si era un bedel. En caso de que fuera un alumno tendría seis días de castigo. A partir de entonces ningún niño volvió a darle nada al gato. Ni tampoco los otros, excepto Assunta. La autorizada. Una vez que la celadora encargada de Aquiles faltó durante tres días, el gato tuvo que ayunar. A Carlo le gustaba mucho jugar con Aquiles, pero su madre no quería animales en casa. Lástima, porque a él le gustaban más los gatos que los perros. Ahora bien, lo que está prohibido está prohibido. Sin embargo, a partir de aquel día las prohibiciones fueron para Carlo un misterio incomprensible.

Se presentó en la escuela puntual como siempre. Ay del que llegara con retraso, se arriesgaba a probar la palmeta de la señora maestra.

Silvana Miele era la novedad de aquel curso. Una amarga sorpresa. El maestro Francesco Sarfatti había venido el primer día a cuarto de primaria, después había desaparecido y había llegado ella en su lugar. Silvana Miele (¡oh fatalidad, se llamaba "Silvana" como su mamá!) había empezado la lección aquella mañana como de costumbre, gritando a sus alumnos que estuvieran atentos y no se distrajeran. En verdad, en la clase no se oía ni el vuelo de una mosca, pero ella gritaba siempre. Quién sabe de dónde le venía toda aquella energía... Y sí que era baja, más que el director Cisco, que era la mitad de alto que su papá.

El maestro Francesco también era pequeño, pero a él no le gustaba chillar. No lo necesitaba. Cuando explicaba algo siempre relataba alguna historia. A menudo contaba cosas de cuando era niño. La historia que más le había gustado a Carlo era una de cuando el maestro Francesco tenía ocho años. Su padre había perdido el trabajo en el campo, de modo que la familia se encontró sin dinero y sin casa. Se habían ido a dormir a casa de su tía, que preparaba todos los días sopa de coles, y al maestro Francesco el olor de las coles todavía lo hacía vomitar. O la de cuando su madre, analfabeta, le pidió a él, que ya era maestro, que

le enseñara las cuatro reglas, puesto que con la ayuda de la tía y del cuñado habían abierto una mercería y nunca sabía cuánto debía dar de vuelto a los clientes. O bien les contaba cosas de su hermano, que se había escapado de casa porque sus padres lo querían hacer estudiar a la fuerza. Al final había vencido él y no había estudiado, pero las ganas de escapar no se le habían pasado, porque estaba en el negocio familiar como dependiente junto a su madre, que lo llevaba a rajatabla, mientras que su padre le tomaba el pelo diciéndole: “¡Te lo tienes bien merecido! ¡Burro!”.

El maestro Francesco mezclaba los relatos de su casa con las matemáticas y con la gramática, con él no se aburrían nunca. A nadie se le pasaba por la cabeza distraerse y, al final, los chicos aprendían también la gramática y las matemáticas. Además de un montón de historias divertidas.

La lección había empezado hacía ya una hora y Silvana Miele se había pasado más tiempo gritando que no se distrajeran que explicando el tema... pero después pasó algo.

Carlo oyó la voz de su padre: también él estaba chillando... ¿Era posible que su padre, Antonio, estuviera gritando? A continuación, le llegó la voz baja del director. Había en su voz una mezcla de autoridad y de incomodidad. Por fin se abrió la puerta y el director cuchicheó brevemente con la maestra. Ella le murmuró al final:

—Ya le había dicho, director, que no debía estar aquí...

Después se dirigió a Carlo.

—De Simone, levántate y vete con el director —eso fue todo. No dijo nada más. Carlo la miró durante unos instantes sin moverse, sin comprender. Ella se impacientó.

—¿Quieres darte prisa? ¡El director te está esperando! —lo intimó.

Mientras salía, Carlo la vio tomar la lista y trazar una línea encima de su nombre. ¿Era posible que lo estuviera borrando?

El muchachito se afanaba buscando en su memoria: ciertamente había debido hacer algo gordo en los últimos días, algo muy grave... Pero ¿era posible que no lo recordara? Tal vez le hubiera dado comida a Aquiles. Quizá se había distraído y le había echado un trozo de la merienda...

“¿Será que alguien ha hecho correr la voz?”, pensaba Carlo. El director callaba, su padre también. Nunca lo había visto tan pálido.

—Vete con tu padre, De Simone —también él, el director, se limitó a decir estas palabras; ni siquiera se había dignado pronunciar su nombre, y había recalcado “De Simone” como si se tratara de un apestado. Con todo, el director Cisco no era malo. Cuando anunció la salida del maestro Francesco incluso estaba triste, porque sabía que era un buen profesor. Sin embargo, aquel día parecía cohibido, presuroso.

“Papá me lo explicará”, pensaba Carlo. Intentó saludar a Aquiles, pero el gato también escapó. Aquella mañana todo iba torcido.

“Quién sabe la que habré armado”, se repetía.

Al final se decidió:

–Papá, ¿qué es lo que he hecho? ¿Por qué me han expulsado? –sí, era inútil andarse ya con rodeos. Lo habían expulsado—. Quién sabe lo que he hecho, no me acuerdo...

Ahora no conseguía pensar en otra cosa.

Después vio las lágrimas de su padre. Era la primera vez que lo veía llorar... Sin embargo, tal vez pudiera tener remedio la cosa. Su mamá decía siempre que todo tiene remedio.

Su padre apretó fuerte la mano de Carlo. Era como si le estuviera pidiendo que lo perdonara porque no podía protegerlo.

Antonio paró de llorar. O tal vez las lágrimas habían sido engullidas quién sabe dónde.

–No has hecho nada, Carlo, recuérdalo bien, nada. Es por el apellido. Te llamas “De Simone”. Somos judíos. Han escrito nuevas reglas, se llaman “leyes raciales”: se ha prohibido a los judíos asistir a la escuela o trabajar. El director te ha dejado asistir algunos días, pero lo han llamado al orden: debe hacer respetar la prohibición. No se puede hacer nada. Pero no te preocupes, se están equivocando. Antes o después lo comprenderán y podrás volver a la escuela.

–¿Quién lo comprenderá? ¿Quién ha redactado esta prohibición?

–El Partido Fascista, son ellos los que mandan y deciden sobre las leyes y sobre la vida de las personas en este momento.

–Pues la maestra dice que los fascistas son buenos y que debemos seguir todas sus órdenes...

–El maestro Francesco no lo creía, Carlo. Y dijo a todo el mundo que él no era fascista. Por eso lo han despedido.

–Papá, ¿y si no se dan cuenta de que estas leyes raciales están equivocadas? ¿Sabes qué pasará? En la escuela está Gemma Anzini, que no comprende nunca nada. El maestro Francesco no le gritaba, siempre le decía que antes o después lo vería todo claro, pero eso no ha pasado nunca. A él lo han echado y ella sigue sin entender nada. Y la maestra Miele siempre le va gritando detrás...

Sin embargo, su padre ya no hablaba. No oía. Estaba en alguna otra parte, donde Carlo no lo podía alcanzar.

De ahí que él siguiera cavilando por su cuenta, aunque lo único que conseguía pensar terminaba con un signo de interrogación.

“Pero ¿por qué soy judío? ¿Y qué significa ser judío? ¿Qué mal han hecho los judíos para que los expulsen de todas partes? Y estas leyes, ¿son solo para los judíos? Pero ¿qué tengo que ver yo con todo esto? ¿Si ni siquiera sé lo que significa ser judío?”.

Anna no está

La escuela con Silvana Miele era aburrida, pero, sin escuela, los días no pasaban nunca. Carlo conseguía distraerse en clase que daba gusto; en casa, sin embargo, pensaba solo en una cosa: volver a la escuela.

–Mamá, ¿no hay alguna escuela a la que también pueda ir yo? ¿Una escuela en la que no haya leyes raciales? Si me quedo todavía mucho tiempo en casa, voy a olvidar todo lo que he aprendido.

–Las leyes raciales están ahora en todas partes, Carlo –le respondió su mamá–. Los fascistas han dejado abiertas algunas escuelas a las que solo pueden ir niños judíos, con

profesores judíos. Pero están muy lejos de aquí y nadie puede acompañarte. Tampoco podemos permitirnos ponerte un tutor que te siga en los estudios. Las leyes raciales también impiden que tu padre trabaje, ya lo sabes, y el dinero que tenemos es poco. Ya estás viendo también tú que debo levantarme a las cinco de la mañana para ir a limpiar las casas de las señoras ricas. Menos mal que tu abuela nos ha dejado la casa; de no ser así correríamos el riesgo de tener que dormir en la calle.

Esta mamá parecía algo nueva... Antes nunca habría hablado así. Antes decía siempre que todo tiene remedio, y sonreía. Ahora que lo pensaba, Carlo no la había visto reír desde hacía un montón de tiempo. Antes no se cansaba de repetir que ser amable con los otros era lo más importante. Ahora parecía que lanzaba las palabras, y cuando llegaban a las personas eran como piedras afiladas, hacían mal. Sin embargo, su madre lo necesitaba.

—Mamá, ¿ya no volveré a ver nunca más a mis compañeros de la escuela? Y, si me los encuentro, ¿podré saludarlos o está prohibido?

La madre miró al padre, se veía que estaba pensando en cómo responder. Pero no tenía muchas ganas. Carlo sospechaba algunas veces que las prohibiciones le habían quitado las fuerzas a su madre, por lo muy cansada que parecía.

—Pronto iremos a conocer a una profesora que también ha sido expulsada por ser

judía —le respondió su padre— y se ha ofrecido a darte clases de repaso durante este tiempo, Carlo. Se llama Sarah y vive cerca de aquí. Para ir a su casa pasaremos por delante de tu escuela precisamente a la hora de la entrada y, probablemente, conseguirás ver a alguno de tus compañeros... Pero si no quieres, iremos por otro camino.

Había que pensarlo bien. No es que tuviera ganas de ver a sus compañeros de la escuela, considerando que nadie se había movido cuando Carlo fue expulsado. Tampoco había pasado por su casa ninguno de ellos. Ni siquiera para decirle: “Hola, Carlo”. Tampoco Anna. Quién sabe si seguía teniendo esos ojos que se clavaban. Quién sabe a quién miraría ahora Anna. Tal vez estuviera esperando a que volviera Carlo. No. Todos tenían miedo de mezclarse con los judíos. Carlo lo sabía ahora bien. No le había hecho falta gran cosa para comprenderlo: cuando él y Antonio iban a ver los trenes, los colegas de su papá ya no lo saludaban como antes, con alegría; ahora hacían como si no lo hubieran visto.

Sin embargo, lo veían; Carlo sentía sus miradas sobre él. Se había acostumbrado a causa de Anna; sabía cuándo alguien le clavaba la mirada, aunque estuviera de espaldas.

“Esta de los judíos es una historia extraña”, pensaba Carlo constantemente. Un día le pidió a su madre que le explicara qué mal habían hecho los judíos para que los trataran

de ese modo. Ella le respondió: "Nada". Carlo insistió en que debía tratarse de algo distinto. "Nada", le repitió su madre, que desde que trabajaba y se levantaba tan temprano cada vez tenía menos ganas de hablar.

Entonces Carlo le hizo la pregunta a su abuela y ella le dijo que los judíos y los cristianos tenían el mismo Dios y que las enseñanzas de Él valían para ambos. Pero también le dijo que los judíos y los cristianos no estaban de acuerdo en quién era Jesús.

—Los cristianos creen que es el hijo de Dios, el Mesías. Dicen que lo ha enviado Dios para salvar a todos los hombres. Para los judíos, sin embargo, Jesús es simplemente un rabino judío, un hombre sabio. Nosotros, los judíos, seguimos esperando aún al Mesías, aquel que redimirá a los hombres y hará de este un mundo mejor. Tenemos paciencia —esto fue lo que le dijo su abuela a Carlo un día en el que se sentía demasiado solo y había ido a verla, dado que vivía en el portón de al lado del suyo.

Carlo le hizo también otra pregunta.

—Abuela, ¿por qué tiene que salvar Jesús a los hombres? ¿De qué tiene que salvarlos?

—De ellos mismos. Las leyes raciales son un ejemplo de la maldad de la que son capaces los hombres. Tú no puedes ir a la escuela y tu padre ya no puede ir a trabajar solo porque somos judíos.

—¿Tú crees que Jesús los salvará aunque sean tan malos con nosotros?

—No lo sé, Carlo. Pero sé que Dios no perdona fácilmente al que desobedece sus mandamientos... No tengas miedo. Pronto volverás a la escuela. Estoy segura de que recuperarán la razón: antes o después acabarán por darse cuenta de que nosotros también somos italianos, como ellos.

Carlo decidió que quería ir a ver a sus compañeros. Al estar solo tanto tiempo al final la cabeza le pesaba, porque dentro le daban vuelta un montón de pensamientos confusos que giraban en redondo y no se detenían nunca. Después, por la noche, Carlo tenía miedo y se despertaba empapado en sudor. Unos días antes había soñado con Aquiles. Lo estaba acariciando y, de repente, el gato lo había arañado haciéndolo sangrar. Carlo lo riñó, pero cuando el gato se volvió hacia él vio que su morro no era el de Aquiles. Era el rostro de la maestra Miele, que lo miraba con risa burlona y maligna, como el malo de los cómics que le leía su padre por la noche.

Los compañeros de la escuela

Carlo, a su escuela, la recordaba diferente. Bueno, no diferente, sino más grande. ¿Cómo era posible? Hacía dos meses que no la veía, no dos años. No podía haberse hecho más pequeña.

Sin embargo, la escalinata que subía para entrar a clase le parecía ahora más estrecha. Y la verja, más pequeña. ¿Y Aquiles? ¿Por qué no estaba lamiéndose los bigotes y el pelo junto al roble? ¿Era posible que todo hubiera cambiado en dos meses?

Allí estaba Anna. Sus ojos que se clavan. Y no te sueltan. Se abren de par en par por la sorpresa y después se te quedan prendidos

encima. Por fin. Había también algo que no había cambiado.

Anna estaba esperando para entrar junto a su padre. El papá de Carlo esbozó un saludo, como antes de la prohibición, cuando los dos se hablaban y se reían de los trenes que llegaban con retraso.

Él y Carlo se detuvieron del lado opuesto a la gran verja. No se atrevían a acercarse. Miraban de reojo hacia dentro. Anna continuaba mirándolo con los ojos fijos. Parecía perdida, miraba a su papá esperando una reacción; después, y dado que él hacía como si nada, ella levantó la mano para saludar. En ese mismo momento su padre la hizo girarse bruscamente y en un segundo Anna le daba la espalda a Carlo y a Antonio. Todo sucedió a una gran velocidad, parecía la secuencia de una película; los otros compañeros que estaban con sus padres se apresuraron también a dar la espalda al padre y al hijo.

Los dos se quedaron allí unos segundos, sin decir nada.

—Papá, vámonos. Aquí no nos quieren —dijo Carlo al final. Antonio no lo miró, pero le tomó la mano y se lo llevó lejos. Ninguno de los dos vio a Anna que, mientras se iban, se volvía hacia su amigo intentando esconderle a su padre la lágrima que le resbalaba sobre el rostro.

¿Quién tiene miedo de los judíos?

Carlo empezaba a temblar cuando sonaba el timbre. Eran siempre ellos, los señores de la policía. Hacían muchas preguntas, cada vez se apoderaban de algo, porque decían que los judíos no podían tener nada que fuera de valor (“no lo merecían”, decían ellos), y después se marchaban. Ya se habían llevado las bicicletas de Carlo y del papá, el reloj de oro de la mamá (que era un regalo de bodas), la radio nueva y hasta un despertador de plata.

Una noche sonó el timbre cuatro veces, una detrás de otra. El corazón del niño empezó a latir a toda velocidad.

La madre y el padre se miraron y Carlo comprendió de inmediato que también sus corazones latían a todo tren. El padre se levantó a abrir. Después todo sucedió demasiado de prisa y Carlo solo captó alguna palabra. Su mamá gritaba: "Dejadle" y su papá repetía: "¿Por qué?", mientras que un vecino se asomaba al rellano e inmediatamente cerraba la puerta. Mientras tanto, aquellos uniformes negros se llevaron al papá de Carlo, diciéndole:

—Sucio judío, te arrepentirás.

Después acabó todo. Volvió el silencio. Sin embargo, el corazón de Carlo todavía daba saltos y después iba bajando, bajando, bajando... era como si supiera que no debía pararse, porque de otro modo corría el riesgo de estallar. Su papá ya no estaba. Se lo habían llevado los hombres de negro. Su mamá lloraba en la silla, con las manos cubriéndole el rostro. Ya ni siquiera podía ver que Carlo estaba allí y tenía necesidad de ser consolado. Ya no conseguía ser la mamá de antes. Carlo no estaba enfadado con ella y fue a abrazarla, aunque no conseguía llorar. Ella lo retuvo a su lado, pero no hizo nada más. Hubo un tiempo en que nadie sabía consolarlo como ella; por ejemplo, cuando Carlo hacía mal una tarea y le ponían una mala nota, ella le decía: "Todo tiene remedio". Y él sabía que era verdad, porque estaba abrazado contra su corazón y lo sentía latir sin prisa.

Si su mamá ya no creía en que pudiera haber remedio, tampoco él podría ya sonreír. Y entonces se puso a consolarla, acariciándole el pelo. Ella le apretó fuerte las manos y Carlo empezó a llorar. Y mientras estaba llorando pensaba que afuera estaba lloviendo y su papá había salido sin chaqueta... Allí donde estuviera en este momento, debía estar aterido de frío.

La fuga

El papá de Carlo no parecía el mismo desde que había vuelto a casa. Tenía miedo cada vez que sonaba el timbre y ya no quería oír ruidos. Tampoco era ya el mismo de antes con Carlo. Había dejado de hablarle. Lo miraba y después, de repente, se marchaba, abría la puerta de casa y no volvía durante horas. Tampoco lo llevaba ya a ver los trenes.

Carlo se lo pedía cada día, pero él ni siquiera le respondía.

Había debido pasar algo la noche en que se lo llevaron.

Cuando Antonio volvió a casa, cuatro días después, tenía los ojos negros y heridas en el

rostro. Caminaba cojeando porque tenía un corte feo en la pierna. Tenía en las manos quemaduras oscuras y profundas. Su mamá lo curaba, pero no decía una sola palabra. Parecían dos extraños, ni siquiera conseguían mirarse.

Una noche vino la abuela y su papá habló un poco con ella, en voz baja, para que no lo oyera Carlo, pero él escuchó furtivamente y captó algo.

—He sido un cobarde, mamá —decía su padre—. No he podido resistir sus torturas y he dado los nombres de Giulio y Vincenzo. ¿Sabes lo que eso significa? ¡Que yo los he hecho detener! ¡La culpa es mía! No me lo perdonaré nunca.

Dos cosas le habían quedado claras a Carlo: su padre ya no conseguiría volver a ser el de antes. Nunca le bastaría con pedir perdón para perdonarse a sí mismo. Era como si hubieran arrancado de su corazón la palabra “perdón”. Y lo mismo ocurrió con su sonrisa. Carlo no volvió a verla nunca más.

La otra cosa que comprendió fue que los fascistas eran los responsables de lo que le había pasado a su papá y que maltrataban a las personas. El maestro Francesco tenía razón cuando decía que eran malos.

Hubiera querido ver a su maestro: él habría comprendido la sensación de miedo que le atenazaba el vientre y le subía hasta impedirle respirar. Cuando le pasaba esto, su mamá

lo hacía tenderse en la cama sin decir una sola palabra y después, poco a poco, Carlo empezaba de nuevo a respirar normalmente. Sin embargo, aparte de la respiración, nada había quedado igual, tanto dentro como fuera de él.

Carlo iba dos veces por semana a casa de una señora que era maestra, una amiga de su mamá. Su apellido también era judío y, por lo tanto, tampoco podía estar ya en la escuela con los otros niños. La señora Sarah no era mala, se veía que deseaba ayudar a Carlo a no quedarse atrás, pero no tenía mucha paciencia. Carlo no sabía si también había sido así en el pasado, pero ahora parecía siempre enfadada con el mundo y, aunque sonreía, se veía que no quería estar allí con él. Tal vez pensaba en su clase, en sus alumnos. A pesar de todo, a Carlo no le importaba gran cosa en realidad. Y es que ya no tenía tantas ganas de estudiar; pensaba en Anna, en sus compañeros de clase que estaban todos juntos en el aula. Él estaba allí solo con una desconocida que no se acordaba de su nombre. Cuando no le venía “Carlo” ni tampoco le venía su apellido “De Simone”, lo llamaba “querido”, “tesoro”, “pequeño”, pero a Carlo no le gustaban estos modos de dirigirse a él. Tenía razón la abuela Lidia: “No hay nada más bello para los niños que su propio nombre; les da seguridad, se sienten amados y considerados. «Tesoro» y «querido», en cambio, son designaciones anónimas, para niños invisibles”.

La abuela Lidia le había dicho esto a la mamá de Carlo un día que estaban discutiendo. Esto sucedía de vez en cuando, porque su mamá se enfadaba: se lamentaba de que la abuela Lidia le diera siempre la razón a su hijo y, a decir verdad, así era en ciertas ocasiones. "En aquello del «querido» y del «tesoro» tenía razón la abuela", pensó Carlo, que estaba hasta la coronilla de la maestra Sarah.

Carlo volvía solo después de la clase, porque la casa estaba bastante cerca. Pero aquella tarde tenía muchas ganas de ver los trenes; le faltaba el momento de la llegada a la estación, cuando el tren se mostraba invencible, y necesitaba sentirse invencible al menos por un instante. De ahí que no tomara la dirección hacia su casa: habría encontrado en ella a su padre en el sofá con la cabeza quién sabe dónde y a su madre que se afanaba preocupándose por poner el mundo en su sitio, con tal de no pensar en cómo hacerle frente.

No tenía ganas de volver a casa. No. Se iría a la estación. Allí no lo vería nadie, todo el mundo estaba atareado en tomar el tren o en volver a casa. Se sentó en un rincón, junto a la vía uno.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces ahí? ¿Quieres robarme el sitio?

—¿Qué sitio? Estoy sentado en el suelo... Pero ¿quién eres tú?

—Me llamo David —dijo el muchachito rubio que aparentaba pocos años más que

Carlo— y ese es mi sitio. Me pongo ahí para pedir limosna a los pasajeros. La cosa funciona. ¿Es que quieres robarme el trabajo?

—Pero si yo no estoy pidiendo limosna... ¿Y tú por qué lo haces? ¿No tienes familia?

El muchachito rió.

—¡Pues claro que tengo familia! Pero mi madre y mi padre, que ya no trabajan, siempre me estaban diciendo que debía empezar a ganarme la vida por mi cuenta. ¿Y qué puedo hacer yo? Soy demasiado pequeño para trabajar, y además soy judío y nadie me daría trabajo. Ya me han expulsado de la escuela...

—¡Como a mí! —exclamó Carlo, feliz de poder compartir su pena con alguien—. Yo también soy judío como tú. Menos mal, pensaba que era el único. No conocía a ningún otro que hubiera sido expulsado de la escuela. ¿Saben tus padres que pides limosna? Mi padre se enfadaría mucho.

—Yo me he escapado de casa. Ya no volveré nunca más. Los míos siempre están peleándose... Antes ya lo hacían, es verdad, pero ahora que son pobres todavía es peor, me tienen harta.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Yo? Dentro de un mes cumpliré los doce.

—Tampoco yo quiero volver a casa. Antes había mucha alegría, los míos estaban de acuerdo en todo. ¿Sabes? Mi padre trabajaba aquí. Era jefe de tren. Me llevaba a menudo con él a ver los trenes y yo controlaba los

billetes a todos los que bajaban, hacía el trabajo de mi papá. Sin embargo, ahora ha cambiado todo. Ya no quiero volver a las clases con Sarah y tampoco quiero volver a ver a mi padre, que ni siquiera me mira ya a la cara.

—Oye, yo tengo un sitio para dormir y te puedo hospedar. Son viejos vagones de trenes abandonados; hay también otras personas, pero no molestan. Eso sí, de día debes ganarte el pan por ti mismo. Tú eres más pequeño que yo, te darán limosna más fácilmente que a mí. Al final de la jornada lo juntamos todo y compramos comida. ¿Te parece?

Carlo había pensado muchas veces en irse de casa durante los últimos días. Ya no soprotaba que su madre no parara ni un segundo ni intercambiara una palabra con nadie. También su padre se había quedado mudo. La abuela miraba a su hijo y se ponía triste. Sarah era una extraña. Anna no había venido nunca a buscarlo. Ya no tenía a nadie con quien hablar. David, al menos, estaba alegre.

—Bien, me quedo esta noche y después ya veremos. ¿De acuerdo?

—Está bien, pero empieza a ganarte la cena, ponte ahí y extiende la mano —le dijo David indicándole un rincón alejado de su puesto de combate.

Pasó la noche. David y Carlo no pudieron dormir gran cosa, porque había un señor anciano con barba blanca que roncaba como un tren en el que se hubiera pulsado el freno

de emergencia... hacía un ruido como nunca habían oído, y David le dio, sin demasiados cumplidos, alguna patada más de una vez. El hombre paraba diez minutos y después empezaba de nuevo.

A la mañana siguiente, mientras estaba en su sitio con la mano tendida y los ojos gachos, Carlo pensaba en su padre y en su madre. ¿Estarían apenados? ¿Se habrían dado cuenta al menos de que no había vuelto? Pues claro que sí. Solo estaban tristes, pero nunca habían sido malos. ¿Qué estaba haciendo él allí?

Mientras pensaba en lo que iba a hacer, oyó que lo llamaban.

Era David.

—¡Eh, pequeñajo! Mira el maravilloso billete que me ha dado aquella señora vestida de azul. ¡Me has traído suerte! ¡Ven que vamos a tomarnos un bocadillo y un capuchino como verdaderos señores!

Se fue con David. Tenía hambre, había pensado otra vez en volver a casa.

Pasaron otros cuatro días. Carlo y David se habían hecho amigos. Por la noche Carlo consiguió dormir un poco más... en el fondo uno se acostumbra a todo; pero le faltaban su padre y su madre.

—David, ¿tú no sientes nunca nostalgia de tu casa?

—¿Yo?

El otro levantó los hombros como para decir que no; sin embargo, respondió:

—Sí, siempre, si es que quieres saberlo. Pero cuando pienso en cómo nos gritaba mi padre a mi madre y a mí... no quiero volver allí. Que se las arreglen ellos. ¡Ea, amigo judío, vamos a trabajar!

Aquella noche, apenas se habían ido a dormir en el viejo vagón de un tren abandonado al que David llamaba “casa” cuando notaron ajeteo en el andén.

—¡Fuera, fuera, Carlo, nos han descubierto, escapa!

David había salido a toda velocidad. Carlo apenas había conseguido comprender lo que estaba pasando cuando su amigo ya se había bajado del tren. Estaba acostumbrado a huir. Carlo no.

—¿Y este? —dijo un hombre con uniforme de carabinero que lo tenía agarrado a distancia por la oreja, casi con asco por el mal olor que emanaba ahora Carlo, después de cinco días sin lavarse—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? Eres demasiado pequeño para estar con vagabundos, ¿no tienes familia?

—¡Eh, un momento! —intervino un señor al que Carlo no reconoció de inmediato a causa de la densa oscuridad que había en los vagones—. Yo te conozco, tú eres el hijo de Antonio... Pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Lo saben en tu casa?

La linterna del carabinero iluminó un momento al hombre que había hablado y Carlo reconoció a Aldo, un jefe de tren amigo

de su papá. Amigo por así decirlo. También él había desaparecido desde que los judíos se habían convertido en enemigos de la patria.

Carlo no le respondió. En el fondo ahora todos se habían convertido para él en desconocidos, los judíos ya no tenían amigos.

—Déjemelo a mí. Sé adónde hay que llevarlo —se ofreció el jefe de tren. El carabinero no puso la menor objeción; mejor así: se liberaba de una molestia—. Ven conmigo —le dijo Aldo a Carlo—, acabo el turno en media hora y después te llevo a casa.

Carlo no respondió a ninguna de las preguntas del colega de su padre. Y así, este se dio por vencido.

—Te haces el duro, ¿eh? ¿Sabes que hubiera podido decirle al carabinero que eres judío? ¿Sabes que ni siquiera hubiera podido llevarte a casa? Nosotros ya no deberíamos tener nada que ver con los judíos... Pero yo no lo hago. Conozco a tu padre de toda la vida y esto al menos se lo debo. Ánimo, vamos. Y no intentes alejarte de mí o grito que eres judío y te meten en la cárcel para siempre.

La amenaza de Aldo hizo su efecto. En el fondo, Carlo estaba contento de volver a casa. Ahora bien, ¿cómo lo iban a recibir?

Todos estaban llorando. Su mamá más que los otros, y lo abrazaba como si fuera a ser tragado por un dragón de un momento a otro.

Aldo no quiso que se lo agradecieran.

—Es un deber —continuó diciendo—. Pero ahora debo irme. No había entrado, tenía miedo de que lo denunciaran. Los amigos de los judíos se exponían a pasar por serios problemas y los había que no esperaban otra cosa que hacer de espías.

—Comprendo. Te has comportado como un amigo y te lo agradezco. Te debo mi vida —le dijo Antonio.

Gracias a estas palabras Carlo comprendió que él era la vida para su padre y para su madre. A partir de aquella noche pensó con frecuencia en David, pero jamás le volvió a venir a la mente alejarse de su mamá y de su papá.

La partida

A partir del mes de octubre de 1943, la abuela se vino a vivir con su hijo Antonio, porque los alemanes habían ocupado la ciudad y requisado la casa de muchos judíos. Entre ellas estaba también la de la abuela de Carlo. El muchachito se sentía feliz con su presencia, porque ella daba fuerza a todos. Aunque era muy anciana, parecía la más animosa de la familia. Le decía siempre a su hijo Antonio, el papá de Carlo, que Italia era diferente de Alemania. Mientras estuvieran en Italia nada malo les podría pasar. Y la abuela seguía resistiendo incluso cuando los alemanes se convirtieron en los dueños de la nación y se comportaban con arrogancia y violencia.

“Esto acabará pronto –decía–, resistamos todo lo que podamos y las cosas volverán a ser como antes”. Todos le creían, querían creerle.

Era la noche del 15 de diciembre de 1943. Carlo, la abuela, la mamá y el papá apenas habían acabado de cenar. Estaban acostumbrados a oír llamar con fuerza a la puerta, del mismo modo que se habían acostumbrado a los controles de la policía. Fue a abrir la abuela e intentó ser amable, como de costumbre. Normalmente no le contestaban con la misma amabilidad, pero ella no perdía la compostura.

“No es culpa de ellos –decía–. Ejecutan órdenes”.

Carlo no comprendía cómo se las arreglaba la abuela para ver siempre lo bueno de cada situación. Estaba dotada de tal seguridad, que daba ánimo a todos. Aquella noche, sin embargo, venía con los policías italianos un soldado alemán. Era joven y guapo. Estaba de pie, con la espalda tiesa. Carlo lo miraba con curiosidad y pensaba que estando así de recto se alargaría. Pero aquel ya era alto, ¿cuánto quería crecer aún?

El soldado de la SS no se dirigió a la abuela de Carlo, ni siquiera la miró, pero ordenó a los policías en un italiano hablado con dificultad que contaran a las personas que había en la casa y les dijeran que prepararan las maletas. Los policías le obedecieron. Registraron la casa y así encontraron a Carlo, a su madre y a su padre.

–Preparen sus cosas. Tienen que marcharse –fue lo único que dijeron.

La mamá de Carlo intentó preguntar:

–¿Marcharnos? ¿Adónde? Esta es nuestra casa...

El soldado extranjero gritó entonces algo en alemán y sacó la pistola. Los policías italianos hablaron con él y después se dirigieron con dureza al papá de Carlo:

–¡No deben discutir las órdenes, malditos judíos! Prepárense, les damos diez minutos y después los sacaremos. A no ser que quieran que los mate el camarada alemán, les conviene obedecer, ¿comprendido?

Mientras el papá y la mamá preparaban las maletas para todos, la abuela apartó a Carlo y le preguntó si deseaba llevarse con él algo precioso, algo que lo hiciera sentirse seguro incluso lejos de casa.

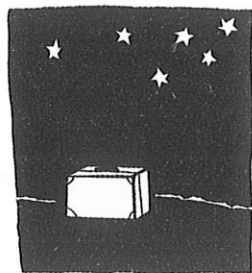
Carlo lo pensó y se dirigió al cajón de los billetes de tren. Tomó un puñado.

–Estos son de cuando papá y yo íbamos juntos a trabajar y éramos como todo el mundo. Quiero llevarme algunos.

–Ya está, estamos preparados –dijo el papá de Carlo cargando tres maletas. La de la abuela Lidia llevaba los billetes de Carlo.

Los policías cerraron la puerta y se quedaron con las llaves.

Sabían que ya no iban a servirles a los antiguos moradores.



Hannah y Jacob
Alemania

El miedo

—Vamos, pásame la pelota, Jacob, vamos.

—¡Vamos, pásala! ¡Uf, lo sabía, nunca se puede jugar en paz contigo!

Jacob tenía siete años y la cabeza un poco menos ovalada que los otros niños de su edad. Era muy pequeño y hablaba poco, no pronunciaba bien todas las palabras y a menudo los niños se burlaban de él. Jacob no comprendía todo lo que pasaba a su alrededor, pero cuando se reían de él se daba cuenta, por eso hablaba lo menos posible. Sin embargo, para retener la pelota de su hermana no hacía falta abrir la boca.

—¡Mamá! Ven a buscar a Jacob, no nos deja jugar a mí y a Rose.

Sarah, la madre de Jacob y de Hannah, era una mujer morena, pero aparte de los ojos y del pelo no había nada más en ella que fuera oscuro. Tenía un cutis clarísimo que se iluminaba cada vez que sonreía. Llamó a Jacob sonriendo, y este le obedeció de manera dócil y les dejó la pelota a Hannah y a Rose.

—Jacob, tú sabes que Hannah te quiere siempre, aunque esté jugando con Rose —le dijo a su hijo—. Pero si les quitas la pelota, entonces se enfada y ya no quiere hablarte.

Sarah, su mamá, pronunciaba las palabras despacio cuando hablaba con Jacob. La maestra de un instituto privado que había empezado a seguirlo todas las mañanas le había explicado que, aunque no podía comprender todo, Jacob necesitaba que se le hablara siempre con dulzura. Sin enfadarse. Esto le daría confianza y le permitiría aprender al menos las cosas más sencillas.

“Su retraso mental le permite comprender conceptos simples y breves. Ahora bien, si las emociones toman la delantera, entonces es como si ya no oyera nada”.

En consecuencia, era preciso hablarle con calma, sonriendo, sin enfadarse, repitiendo muchas veces los mismos conceptos simples. Sarah, su mamá, se cansaba algunas veces de repetir siempre las mismas cosas, pero no le importaba. Volvía a encontrar la sonrisa

dentro de ella, gracias al profundo amor que sentía por aquel hijo diferente y especial. Se acercaba a Jacob y, con una caricia, le explicaba por enésima vez que no debía haberse llevado la pelota de Hannah y de Rose, y que su hermana lo quería mucho, aunque jugara con su amiga.

—Hannah, ¿tu hermano ha sido siempre retrasado?

—Sabes que no me gusta que se diga de él que es un “retrasado”, Rose. Jacob es solo un poco lento, pero hay muchas personas que son más lentas que él sin haber tenido los problemas de Jacob. Él podría haber sido como nosotras, como tú y como yo, ¿sabes? La culpa es del médico que, cuando lo sacó del vientre de mi madre, le hizo mal y le causó daño. No le cambió solo la forma de la cabeza, sino que le dañó también lo que está dentro.

—Está bien, no te ofendas, no hablaré más de eso.

—¿Vienes mañana a mi casa? —dijo Rose.

—Sí, claro. ¿Pero tu madre estará de acuerdo? Las últimas veces parecía un poco molesta...

—Se lo preguntaré esta noche y te lo diré mañana en la escuela. ¿De acuerdo?

Sin embargo, Hannah no pudo ir a la escuela al día siguiente porque estaba enferma. Tenía mucha fiebre y su mamá, Sarah, estaba preocupada. Decidió ir a casa del médico y dejó sola a Hannah.

Ahora ya tenía doce años, era una muchachita juiciosa y podía quedarse en casa sola.

Cuando la señorita Margot vio a Sarah en la sala de espera del médico, la saludó con frialdad. El hecho de verla allí la ponía en una situación embarazosa y también molesta. Sarah hizo como si no se hubiera dado cuenta; de un tiempo a esta parte se había acostumbrado a estas manifestaciones de "afecto" por parte de sus conciudadanos. Se sentó a esperar su turno para hablar con el doctor Heissmeyer. Vio que la señorita Margot entraba en el gabinete del médico y dos minutos después salieron juntos.

El doctor Ernst Heissmeyer llevaba unas gafas de gruesos vidrios. Era absoluta e inequívocamente miope, por lo que encontrar a Sarah entre la decena de personas que estaban en su sala de espera le costó un poco.

Pero al final la vio.

—¿Señora Sarah Weiss?

—Sí, soy yo, doctor Heissmeyer —¿qué necesidad tenía de pedirle la confirmación del nombre? Se habían visto ya muchas veces como aquella... Era el médico de cabecera de la familia, y siempre se había mostrado amable con ellos.

—No debe volver por aquí. Su persona no es grata. Esta es una consulta médica para personas de raza aria, para patriotas alemanes. Los judíos no son bienvenidos. Váyase, por favor. No venga nunca más.

Todos los pacientes de la sala de espera miraron a Sarah. La luz desapareció del rostro de la mujer. Sin embargo, Sarah no se mostró avergonzada.

Los pacientes eran alemanes, evidentemente eran de raza aria. ¿Se debió a eso el hecho de que no dijeran nada? Algunos bajaron los ojos, otros miraban el reloj con signos de mal humor: estaban perdiendo el tiempo. Algún otro asentía de manera vigorosa, les faltaba poco para felicitar al doctor Heissmeyer. Pero nadie dijo que aquello era una locura. Solo Sarah, que había enrojecido de rabia, encontró las fuerzas necesarias para replicar con firmeza:

—Mi hija Hannah está enferma y usted es médico, tiene el deber de recetarme las medicinas para curarla.

El médico la fulminó con sus ojos azules.

Le parecía una infamia imperdonable que una mujer judía se permitiera cuestionar su actitud.

—¿Cómo se atreve a señalarme cuáles son mis deberes como médico? Usted no es más que una judía y como tal ya no tiene derechos en Alemania. Márchese de aquí mientras aún está a tiempo. Lo que le pase a sus dos hijos judíos y minusválidos ya no representa ningún problema para mí. ¡Y ahora, váyase! O llamo a la policía...

El miedo. Sarah lo sintió llegar antes en las piernas, y después en el corazón, que empezó

a latirle con fuerza. Había visto lo que pasaba en Berlín con los judíos que iban a quejarse a la policía. Los había visto en los periódicos, desnudos, en la calle, con gruesos carteles colgados al cuello en los que estaba escrito: *Soy un judío y no iré a quejarme más a la policía. Lo prometo. No tengo derecho a ello.* Si eso había pasado en Berlín también podía pasar allí, en Leipzig. No podía arriesgarse a que el médico llamara a la policía.

Él tenía razón, ya no había derechos para ellos, para los judíos.

Y además no había nada que hacer, Sarah lo comprendió. Se marchó de allí sin despedirse de nadie. El doctor Heissmeyer siempre se había mostrado amable con ella y con su marido Joseph, pero nunca había querido saber nada de Jacob. Ahora comprendía el motivo: le consideraba un minusválido. No sabía si en la clasificación de los parias de la sociedad iban primero los minusválidos o los judíos, pero aquel día descubrió que ella y su familia tenían ambas vergüenzas.

Unas *vergüenzas* de las que ella estaba orgullosa. Y lo estaría siempre. Esto fue lo que volvió a prometerse una vez más, aquel día, Sarah, la mamá de Hannah y de Jacob.

Hannah y Rose

—¿Qué hace esa aquí?

El padre de Rose había vuelto antes aquella tarde y había encontrado a Hannah estudiando con Rose. No la había saludado, había bajado adonde estaba su mujer y le había dicho con dureza:

—¿Qué hace esa aquí?

—Ya lo sabes, Kurt, son amigas... Rose le tiene mucho cariño, se conocen desde que eran pequeñas... Hannah ha estado enferma algunos días y no ha podido seguir adelante con el programa, por eso Rose la está ayudando. Sabes que han tenido que ponerle un profesor privado desde que ya no puede asistir a la escuela...

La madre de Rose temblaba de miedo. Kurt era policía y en casa se comportaba con frecuencia del mismo modo que cuando estaba con criminales. No hacía distinciones entre su mujer y su hija: quien se equivoca lo paga, esa era la ley de Kurt Bauer. Después de los relámpagos llegaron también los truenos.

—¡Ya no puede ir a la escuela porque es judía! ¡Y los judíos tampoco deben entrar en esta casa! Contaminan todo lo que tocan, son seres inferiores, ¿quieres comprenderlo o no, mujer estúpida? ¡No quiero que Rose vaya con esa sucia judía!

—Pero, Kurt, ¡si no es más que una niña...!

—¡Nunca serás una patriota, eres demasiado estúpida! La obediencia al Führer y a sus leyes no se discute en esta casa, ¿está claro?

Si lo comprendía él, lo debían *comprender* también los otros. Kurt siempre había sido así, desde joven: se extrañaba de que alguna persona pudiera contravenir lo que imponían las leyes de los que tenían el poder. El que manda sabe lo que hace. Así era para Kurt Bauer y así debía ser para todos los demás.

A él no le importaba nada que Hannah fuera judía. Lo había sabido siempre. Pero el Führer había dicho que los judíos eran sucios y malos, y que debían desaparecer de la faz de la Tierra. Y Kurt lo había comprendido y lo había hecho suyo, sin preguntarse nunca por el motivo.

Rose había empezado a temblar en el piso de arriba y Hannah se había puesto lívida: se avergonzaba de estar allí; se avergonzaba por su amiga del corazón, que tenía un padre tan violento y estúpido; se avergonzaba de no tener el valor necesario para ir a decirle cuatro cosas a aquel hombre enfurecido. Sin embargo, no se avergonzaba de ser judía. Siempre había sabido que era diferente, su madre se lo había repetido con frecuencia; pero era una diferencia hermosa, importante.

—Hannah, mi padre viene para acá. Por favor, huye, es capaz de todo. Tú no lo sabes, pero es un hombre muy violento... Sal por la ventana, por favor —le imploró Rose llorando.

Hannah obedeció y al salir oyó a Kurt, que gritaba mientras subía las escaleras:

—¡Escapa, escapa, judía... Y no vuelvas aquí nunca más, borra de tu memoria a Rose y esta casa!

Hannah no consiguió dormir aquella noche. Estaba arrepentida de haber escapado como una ladrona de la casa de su mejor amiga. Hubiera debido quedarse y enfrentarse con el padre de Rose, como siempre le habían enseñado sus padres. Decidió no contarle nada a los suyos. Ya estaban pasando por muchas calamidades, porque las leyes raciales dictadas por Hitler eran cada vez más restrictivas para los judíos. Empezaron cuando Hitler se convirtió en jefe del gobierno, en 1933. Y cada día aparecía una nueva prohibición para

los judíos. Antes eran ciudadanos alemanes como todos los demás, después se transformaron en seres inferiores. Había oído decir además que ya no debían ser considerados alemanes. Eran solo “pordioseros judíos”.

Desde ese tiempo ya nadie hacía negocios con las empresas judías, porque las leyes raciales lo prohibían; por consiguiente, la empresa de calzado de su padre, Joseph, había dejado de tener contratos con los de raza aria. Estos no debían hacer tratos con los judíos. Hasta hacía algunos años el papá de Hannah suministraba zapatos al ejército alemán, pero ahora ya no le daban trabajo y el dinero iba disminuyendo.

Hannah oyó hablar a sus padres una noche, acerca de la posibilidad de irse de Alemania.

—Tengo cada vez más miedo. Por nosotros, por los niños. Aquí no hay futuro para nuestra familia; estoy convencida de que deberíamos marcharnos, Joseph. Ahora ya ni siquiera se nos considera alemanes...

—¿Y adónde podríamos ir? No tenemos parientes más que en la Argentina, pero ¿qué podríamos hacer allí? Aquí tenemos toda nuestra vida. Y también nuestros hijos. Somos alemanes, Sarah. Yo me siento un judío alemán. Esta política racial no podrá durar mucho en nuestro país, no puedo creerlo... Mi padre fue un patriota alemán, murió durante la Primera Guerra Mundial. También yo tengo miedo,

pero estoy seguro de que Hitler caerá pronto... y además, ¿adónde quiere llegar? El mundo no puede permitir que suceda lo peor.

—Joseph, ¡tú sueñas! ¡Lo peor ya está ocurriendo ante nuestros ojos! ¿Qué quieres que suceda aún para comprender que estamos en peligro? Tú no tienes trabajo, nadie nos mira ya a la cara por miedo a verse obligado a responder al saludo. ¿Has visto a nuestros vecinos? ¿Te acuerdas de lo amables y disponibles que se mostraban con Jacob y con Hannah? ¿Te acuerdas de las felicitaciones por tus éxitos en el terreno laboral? Bien, mira, ayer llamé a la puerta de la farmacia porque me faltaba la medicina para Jacob, pero no me la quisieron dar. Yo estaba oyendo el piano de Bertha, estaban en casa. Sin embargo, no me abrieron. Después, esa misma noche, antes de que volvieras, encontré una nota pegada en la puerta. ¿Quieres que te la enseñe? En ella han escrito que no quieren tener nada que ver con judíos. ¡Y estos son nuestros buenos vecinos! Ya no tenemos médico porque me han expulsado de su consulta. No podemos ir a las tiendas ni a los restaurantes arios, nos han obligado a añadir los nombres judíos a los documentos para ser reconocibles, estamos fichados como indeseables... ¿Qué deberá pasar aún para que te convenzas de que a los ojos de esta gente ya no somos alemanes?

Nora, la rebelde

Los parientes de Hannah vivían casi todos en la Argentina. Habían emigrado antes de la guerra de 1914 y se habían quedado, porque se encontraban bien en aquella tierra de grandes espacios donde nunca faltaba el sol. La madre y la hermana de Sarah también vivían allí. Ella, Sarah, se había quedado porque había encontrado a Joseph y se había casado joven para no tener que marcharse y perder a su amado. Su padre ya había muerto mucho antes. Su madre vivía ahora con su hermana y su cuñado, un argentino de origen italiano que se llamaba Diego; tenían dos hijos. La familia no se había vuelto a reunir.

Sarah se consideraba una mujer afortunada porque se había casado con Joseph, un judío perteneciente a la burguesía con una empresa de la que era el único dueño. Joseph era hijo único. Su madre murió cuando él tenía diecisiete años y su padre se había consagrado al trabajo. Con todo, quiso que Joseph estudiara Economía para confiarle la empresa. Afortunadamente, a Joseph le gustaban las cuentas y los números, por lo que no le resultó ninguna carga obedecer a su padre. El abuelo Hermann había fallecido un par de años atrás. Hannah y Jacob lo querían mucho, entre otras razones porque era el único abuelo con el que habían vivido.

La madre de Sarah, Marjanne, le escribía con frecuencia a su hija que se había quedado en Alemania, y mandaba fotos y regalos para sus nietos, pero no era lo mismo que verse y jugar al escondite en casa como hacían con el abuelo Hermann.

En su última carta, Marjanne decía que estaba preocupada por lo que estaba pasando en Alemania. No creía que la guerra fuera a acabar pronto y, sobre todo, temía lo peor para los judíos. Marjanne insistía en que fueran a reunirse con la familia en la Argentina.

Sarah le enseñó la carta a Joseph, pero él no quería oír hablar del tema.

—No quiero abandonar mi fábrica, a mis obreros... ¿qué sería de ellos? Mi padre hizo demasiados sacrificios para legarme esta

empresa, no puedo dejarlo todo. Y por lo que toca a nuestros hijos. Jacob recibe aquí cuidados, asistencia, goza de un seguimiento. Nuestra vida está aquí, Sarah. Este período pasará y todo volverá a ser como antes.

Una noche oyeron llamar a la puerta. Al principio de manera suave, después cada vez más fuerte. Toda la familia estaba en la cama, los niños dormían, y Joseph se levantó para ir a abrir. Se encontró ante una desconocida tocada con sombrero de hombre y ropa masculina, arrugada y sucia.

—Soy Nora, Joseph. Déjame entrar, pronto. Ella franqueó la puerta a toda velocidad y Joseph ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de lo que estaba pasando. La muchacha tenía una herida en la frente de la que manaba un poco de sangre. Sarah la reconoció de inmediato.

—¡Nora! ¿Qué has hecho? ¿Qué pasa?

La prima Nora era más joven que Sarah. Tenía seis años menos que ella, pero de pequeñas habían estado muy unidas, porque habían pasado mucho tiempo juntas. Era la hija de su tía Gertrud, la hermana de Marjanne. Nora, la rebelde... se había marchado a la Argentina con su madre y su padre, pero antes ya se había escapado de casa dos veces.

—¿Qué haces en Alemania? ¿No estabas en la Argentina?

—Hola, Sarah. ¿Cómo estás? ¿Y tú, Joseph? Perdonen que invada su casa a esta hora,

pero no sabía adónde ir... Ahora se los cuento todo. Pero, por favor, denme un vaso de agua, que no bebo desde ayer.

78

Nora les contó que había vuelto a Alemania dos años atrás, en 1936, el año de las Olimpiadas en Berlín, junto con su novio, Anton, también alemán emigrado a la Argentina. Debían quedarse solo unas pocas semanas, pero ya no se marcharon. Anton había encontrado a sus amigos de la universidad, un grupo de comunistas perseguidos por los nazis; por eso se quedaron y entraron a formar parte de la resistencia alemana al régimen fascista. Sin embargo, poco a poco todos habían ido siendo detenidos. La terrible policía política alemana, la Gestapo, había detenido también el día anterior a Anton. Alguien los había delatado. Tal vez algún vecino, o el panadero al que le habían comprado el pan. Todos podían presentar denuncias y la policía estaba dispuesta a escuchar al buen ciudadano y a detener a cualquiera que fuera sospechoso de ser opositor a la política de Hitler. Las personas acudían a la policía, que los escuchaba y los recibía como a ciudadanos juiciosos. Denunciaban a la vecina de al lado, al cliente de la tienda, a la gobernanta judía, a los amigos comunistas. Se desahogaban: unos se vengaban, otros se instalaban en una conciencia de patriota alemán... la mayoría lo hacía porque tenía órdenes de señalar a las autoridades a

cualquiera que fuera sospechoso de representar un peligro para Alemania: en suma, se trataba de un deber cívico y, como tal, debía ser ejecutado. Las consecuencias nada tenían que ver con ellos.

Nora había conseguido escapar por la ventana aquella noche, antes de que llegaran los hombres de la Gestapo. Anton se había sacrificado por ella quedándose para cubrirle las espaldas y se había herido al caer sobre una piedra mientras bajaba desde el segundo piso de su apartamento.

—¿Te busca la Gestapo? —Sarah no lo podía creer. Estaba espantada. Sabía que la Gestapo estaba formada por hombres sin piedad, que habían matado ya a muchas personas sospechosas de ser enemigas del régimen.

—Pueden estar tranquilos, no quiero ponerlos en peligro. Déjenme dormir unas horas y me marcharé mañana al alba. No saben que estaba con Anton, llevo un poco de ventaja... ¿Me puedo quedar?

Sarah miró a Joseph y luego le dijo a Nora:

—Claro que puedes. Vete ahora a dormir y dime a qué hora quieres que te despierte. Me parece que lo mejor es que te vayas antes de que amanezca.

—Lo siento por tu novio, Nora —le dijo Sarah.

Al oír las palabras de su prima, la joven se derrumbó y las lágrimas cedieron su sitio al miedo: el hecho de que Anton estuviera en manos de la Gestapo significaba una muerte

segura y ella lo sabía. Después volvió en sí y se secó los ojos enrojecidos por el llanto y el cansancio.

Sarah hizo las cuentas: si ella tenía treinta y tres años, Nora debía tener veintisiete. Viéndola en aquel momento, parecía mucho más vieja que ella.

—Gracias. Sabíamos que podía pasarnos todo esto. Anton es un valiente... —no pudo continuar y, para no llorar, desechó el recuerdo de su chico—. ¿Tienes una manta? Tengo mucho frío —le preguntó a Sarah.

—Claro que sí. Perdona. Voy a buscarla.

Nora pidió que la despertaran a las cinco. Ya era poco más de medianoche: no le quedaba mucho tiempo para descansar.

Hannah lo había escuchado todo desde su habitación. Se despertó cuando oyó llamar a la puerta de manera insistente. Ella no conocía a Nora. Se levantó de la cama y, sin dejarse ver, se puso a espiar a los mayores desde la puerta entornada. Nora le pareció guapísima, con sus labios rojos y el pelo rubio recogido dentro del sombrero. Sus ojos negros le brillaban cuando hablaba de Anton, y Hannah, que tenía doce años, soñaba precisamente con un amor que fuera tan grande como el de Nora.

Hannah había oído hablar de la Gestapo a su profesora de alemán dos días antes de que le prohibieran ir a la escuela. La profesora había dicho a toda la clase que un verdadero patriota debía advertir a la policía política si

notaba algo extraño, porque no todos amaban a Alemania ni todos eran dignos de la Alemania nazi. Mientras decía esto había mirado precisamente a ella y a su compañero Abraham. Eran los dos niños judíos de la clase. Hannah no había dicho nada, aquella mirada fría le había producido tales escalofríos, que ni siquiera después de tanto tiempo la había conseguido olvidar.

Decidió que no hablaría con nadie acerca de Nora. Habría sido peligroso para ella y para su familia que la profesora o los vecinos hubieran oído hablar a su tía con tanto desprecio de la Alemania nazi, mientras que todos los demás parecían tan contentos de tener a Hitler como comandante.

Rose ya no la había vuelto a invitar a su casa. Hannah la veía pasar algunas veces con las otras niñas de la escuela, pero no le guardaba rencor a su amiga; sabía que ella también sufría por el hecho de estar alejadas. Y además tenía miedo de su padre.

Cuando pensaba en los últimos días en que había podido asistir a la escuela, se daba cuenta de lo aislada que estaba. Solo le hablaba Abraham, que se había convertido en su compañero de pupitre. La señorita Hoss los había puesto juntos, en la última fila. “Entre los judíos os entendéis...”, les había dicho con una mueca de desprecio que había deformado sus labios perfectos, rojos como el geranio de su madre Sarah. Si no hubiera sido por Abraham,

Hannah pensaba que en las últimas semanas hasta hubiera podido estar muda, puesto que la voz no le servía de nada. Ya nadie le decía nada, nadie le preguntaba cómo estaba, si quería jugar o si sentía ganas de llorar. Se sentía como un sofá tapado con una funda en una casa todavía llena de vida. Todo se movía a su alrededor como de costumbre, pero a ella y a Abraham los habían borrado. Hasta que un día les dijeron que no volvieran más a la escuela. Para ellos, ya no había nada que aprender.

Jacob en la clínica

Era una noche de otoño. Alguien llamó fuerte a la puerta.

—¡Policía!

Joseph se precipitó a abrir. Lo empujaron hacia el interior y entraron: eran dos hombres vestidos de paisano.

—¿Eres tú el cabeza de familia? —le preguntaron.

Joseph asintió. Los niños estaban con Sarah en la pieza de al lado.

—¿Es verdad que tienes un hijo minusválido?

—No, Jacob no es minusválido, es un niño...

No lo dejaron acabar. Le dieron una bofetada y le dijeron que un judío no debía permitirse el lujo de decir “no” a un policía de Hitler.

Registraron la casa y encontraron a Sarah y a los niños. Señalaron a Jacob. Después le dijeron a su madre:

—¿Cuántos años tiene?

—Ocho años —respondió Sarah intentando esconder su temblor.

—Este se viene con nosotros. Prepárale una bolsa con pocas cosas. Podrán verlo mañana por la mañana en la clínica pediátrica de la universidad. Eso es todo.

—¡No! —gritó Sarah—. ¡No les daré a mi hijo!

—Tú, mujer, no tienes ningún derecho en este país —le gritó uno de los dos—. Eres judía. Da gracias a Dios de que el Führer quiera curar a tu hijo. Ahora bien, si no obedeces ni siquiera la verás a ella —concluyó señalando a Hannah, a la que el miedo la tenía paralizada.

Joseph sabía que no había nada que hacer. Ejecutarían las órdenes que habían recibido costara lo que costare. Tomó a Jacob y empezó a hablarle en voz baja. Pero antes le dijo a Sarah que le preparara una bolsa y que al día siguiente por la mañana irían pronto a buscarlo. Su mujer comprendió que le estaba pidiendo que no pusiera también en peligro a Hannah y se dirigió como una autómatas a preparar una pequeña maleta para su hijo.

Jacob había empezado a hablar sin parar, poco a poco, como hacía cuando estaba

nervioso. En su mundo, del que formaban parte las estrellas y su mamá, no encontraba sitio para aquellos dos hombres que no sonreían.

Incluso cuando se lo llevaron prosiguió con aquella letanía, apenas susurrada, lenta y continua. Interrumpida de vez en cuando por una sola palabra: “mamá”.

Sarah, su madre, se dobló sobre sí misma como un muñeco de trapo del que solo salían lágrimas y el nombre de su Jacob.

Joseph se quedó junto a Hannah, que no conseguía hablar ni llorar. Miraba hacia la puerta por la que había salido Jacob con los dos hombres de negro.

Ninguno de los tres pudo dormir. A las siete se prepararon en silencio y se dirigieron a pie hacia la dirección que les habían dejado la noche pasada. A pie, porque a los judíos se les había prohibido además el uso de los transportes públicos. Y también las bicicletas.

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, provocada por Hitler, en 1939, a los judíos se les había impuesto el toque de queda; por consiguiente, no podían salir a la calle por la noche y les estaba prohibida la posesión de aparatos de radio. De ahí que no tuvieran noticia alguna de cómo marchaba la guerra.

Mientras caminaba para dirigirse a la clínica en la que habían encerrado a Jacob, Hannah iba pensando en su hermano y en lo

cómico que era de pequeño, cuando su padre y su madre escuchaban la radio y él quería ver dentro del aparato. Más adelante, dado que no le permitían abrirlo, empezó a mirar debajo de la cama para “encontrar al señor escondido que habla y no se lo ve”.

La radio era para Jacob algo mágico, porque cuando su padre apretaba el botón, aquella empezaba, como por encanto, a hablar. Durante mucho tiempo buscó aquel botón también en sus muñecos, en sus cuadernos de colores o en su cochecito azul. Al final tuvo que rendirse. Entretanto, aquella voz ya no le resultaba desconocida y no le daba miedo. De este modo, ya se podía bromear, aunque todavía quedaba un misterio. Cuando su padre encendía la radio, él buscaba su botón personal y se “encendía” a su vez: empezaba a hablar diciendo cosas inconexas y se movía como un títere de madera.

Hannah podía subir y bajar el volumen buscando el botón adecuado, pero solo la mamá podía apagar la radio, tirándole el cojín rojo del sofá. Era un juego del que el padre estaba excluido, porque cuando oía las noticias no quería que lo molestaran, y por eso no conoció nunca el lado mágico de la radio.

Llegaron a la clínica pediátrica de la universidad y se acercaron a la portería, donde había una mujer.

Le preguntaron por Jacob y ella respondió que no era posible verlo, que no se

preocuparan, que estaba bien y que pronto recibirían noticias de los médicos.

Joseph no se rindió.

—Por favor —insistió—, dejen entrar al menos a su madre, quiere ver a su hijo. Solo un instante. Por favor...

En ese momento la mujer se alejó y se presentó pocos segundos después con un policía, que, con el fusil en posición defensiva, los intimó a que se fueran.

Se llevaron a Hannah. Ninguno de ellos dijo una sola palabra en el camino de regreso.

El silencio continuó en casa. La jornada la pasaron en cierto modo esperando la noche que daría paso a la mañana y a la esperanza de volver a ver a Jacob.

Aquella noche Hannah vio las estrellas, abrió la boca para llamar a Jacob, pero no le salió ningún sonido.

Entonces se puso a contar las estrellas, justamente tal como lo hacía Jacob, con su mundo de veinte números. Y después volvía a empezar, y siempre eran veinte.

Sin embargo, no acababan nunca. Hannah se durmió contando las estrellas del cielo.

A la mañana siguiente volvieron a ponerse en camino. Llegaron ante la clínica y, como el día anterior, se dirigieron a la portería. Había otra mujer sentada detrás del cristal, pero también tenía una mirada glacial y distante.

—Somos los padres de Jacob Weiss, le pido por favor que nos deje ver a nuestro hijo.

—No es posible. Váyanse y no vuelvan. Seremos nosotros los que les demos noticias de su hijo.

Sarah no se iría nunca de allí sin Jacob, se lo había prometido a sí misma.

—¡Malditos! ¡Devuélvanme a mi hijo! ¡Es mi hijo, no tienen derecho! ¡JACOB! ¡JACOB!

Sarah no quería esperar más: allí dentro, en alguna parte, estaba su Jacob. Superó la barrera de entrada, pero en cuanto puso el pie en el patio se encontró con un soldado con la divisa nazi. El hombre la paró dándole un golpe con el fusil. Ella cayó al suelo. Joseph intentó acercarse, pero el soldado levantó el fusil en ese momento y apuntó hacia Hannah. Joseph se detuvo. También Sarah tuvo que rendirse. Salió en silencio, cogió a Hannah de la mano y se marcharon. Hannah no dijo ni una sola palabra. No había vuelto a hablar desde la noche en que se llevaron a Jacob.

Pasaron algunos días. Joseph pidió ayuda a todos sus amigos y clientes de raza aria. Buscaba información sobre esta clínica pediátrica a fin de recuperar a su hijo. Sin embargo, todo el mundo tenía miedo y se negaban incluso a escucharlo. Solo un cliente, que se había visto obligado a interrumpir la relación con la empresa de Joseph pero que no era nazi, le dijo conmovido:

—Lo lamento mucho, Joseph. Hitler no quiere judíos ni minusválidos en su Alemania. Ármese de valor. Yo no puedo hacer nada.

Nadie puede hacer nada ahora. Ya no reconozco a nuestro pueblo. Este régimen devora a las personas y sus sentimientos. Ármese de valor y manténgase cerca de su mujer. Lo siento por su hijo, no lo espere más. Buena suerte, Joseph.

Algunas semanas más tarde llamó a la puerta un policía.

—Esto es para vosotros —les entregó un sobre y se marchó de inmediato.

En el sobre había una hoja blanca sin encabezado donde habían escrito que Jacob había muerto de pulmonía. Nada más. Ningún “lamentamos”, ni siquiera una palabra de consuelo. No había ninguna firma. Jacob había dejado de existir.

Hannah cuenta las estrellas

Hannah ya no iba a la escuela desde hacía tiempo y no veía a ningún amigo. Nadie la había buscado desde que le prohibieron asistir a la escuela junto con los de raza aria. Esta palabra se la había aprendido bien: “arios”. Eran todos los otros, los que podían seguir yendo a la escuela, tomando el tranvía, teniendo una bicicleta, entrando en un parque. Los judíos eran una raza inferior. Lo había leído en una tienda que no aceptaba a clientes judíos. Hannah pensó aquel día que los arios tenían necesidad de mirar la estrella de David, que los judíos estaban obligados a coser en su ropa, para saber que

se trataba de una raza inferior. De otro modo, no habrían sido capaces de distinguirlos.

Ahora bien, esto no se lo dijo a nadie: se le habían pasado las ganas de hablar. Cada vez que sus padres le decían algo los miraba, pero no salía ningún sonido de su boca.

Le parecía que ya casi ni siquiera pensaba. Se había vuelto perezosa y quería dormir con frecuencia. Pero cada vez que miraba las estrellas en el cielo se ponía a contarlas.

Un día Joseph le mostró a Sarah una tarjeta postal de la prima Nora: había conseguido llegar de manera milagrosa a la Argentina y le imploraba a Sarah que se reuniera allí con su familia.

—Sarah —le dijo su marido—, tenías razón, debí haberte hecho caso hace mucho tiempo... ¿Por qué no nos vamos de aquí? Argentina es un buen sitio, reconstruiremos allí nuestra vida. Tenemos a Hannah, debemos pensar en ella. ¿La ves?, parece un fantasma, pobrecita. Por favor, Sarah, vámonos de aquí.

Su mujer lo miró como a un extraño al que fuera preciso tratar bien por cortesía.

—No podemos irnos, Jacob está aquí. No nos han devuelto su cuerpo, todavía tengo que darle sepultura. ¿Y si no hubiera muerto? Debemos descubrir lo que le ha pasado.

—Sarah, desgraciadamente nuestro hijo Jacob ya no existe. Ahora debemos pensar en Hannah. Por favor, querida, en la Argentina estaremos bien.

—Puedes irte tú con Hannah. De todos modos, ya no puedes trabajar. Has tenido que ceder a los de raza aria lo que nunca hubieras querido dejar. Nos han dado dos céntimos que ya se están acabando. Deberíamos vender esta casa para seguir tirando. Yo puedo encontrar otro empleo... Márchense. Cuando haya dado sepultura a Jacob, me reuniré con ustedes.

—No te voy a dejar sola, Sarah. Te esperamos —le dijo Joseph, aunque sabía que nunca encontrarían el cuerpo de Jacob.

Un mes más tarde, el 23 de septiembre de 1941, Hitler decidió que los judíos ya no podían salir de Alemania. Estaban atrapados.

La del 16 de octubre era una noche apacible de otoño y hasta se podían contar las estrellas, porque el cielo estaba muy oscuro, pero sin nubes.

Hannah no oyó el timbre, estaba absor-ta mirando desde su ventana y contando las estrellas por Jacob, de veinte en veinte, todas. Desde que se habían llevado a su hermano lo hacía de manera continua. Las contaba y escribía los números en un cuaderno, esperando a que Jacob volviera. Nunca se había creído la historia de la pulmonía, se acordaba muy bien de que ella se engripaba todos los inviernos, pero él nunca, nunca se ponía enfermo. Jacob era más fuerte de lo que parecía.

Y si no había tenido ninguna pulmonía, entonces estaba vivo. Y debía volver.

—Hannah, ven, debemos irnos —su papá, Joseph, hablaba con voz suave, como nunca lo había oído, y tenía una expresión extraña.

Ayudó a Hannah a bajar de la ventana en la que estaba sentada y la abrazó muy fuerte, como nunca lo había hecho. Todo parecía nuevo aquella noche. La ayudó a llenar una pequeña maleta que le había regalado dos años antes, para cuando pasaban las vacaciones en el mar o en la montaña.

—No te olvides del cuaderno de las estrellas, Hannah, podrás seguir contándolas, ver... —“Verás”, hubiera querido decir. “Verás, niña mía”. Pero no lo hizo. Habría sido una mentira: Hannah, como Jacob, nunca volvería a contar las estrellas. Se detuvo porque no quería llorar y Hannah se habría asustado. Pensó que hubiera deseado verla crecer y hacerse adulta. Rezó para que así fuera. A pesar de todo.

Sarah había preparado la otra maleta, la grande.

—¿De verdad puedo llevarme el cuaderno de las estrellas, papá? —preguntó Hannah. El padre y la madre no oían la voz de la niña desde hacía mucho tiempo.

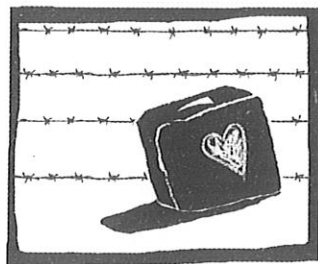
—Claro que puedes, Hannah —respondió su mamá.

—¿Hay estrellas en el sitio al que vamos? —quiso saber la niña.

—Las encontraremos, puedes estar tranquila —le dijo su padre.

—Bien, entonces podría suceder que Jacob se reuniera con nosotros allí —concluyó Hannah poniendo el cuaderno en la maleta.

En media hora estuvieron listos: era el tiempo que les habían dado los tres hombres de la policía política de Hitler que habían venido a recogerlos para llevarlos “a un sitio en el que encontrarán a otros judíos como ustedes”. Al salir de casa, vieron al hijo de los vecinos que había abierto la puerta picado por la curiosidad; su madre apenas se dignó dirigir a Sarah una mirada severa y, sin decir una sola palabra, se apresuró a cerrar la puerta. Ellos eran de raza aria.



Émeline
Francia

Los postigos azules

Los postigos azules se abrían cada mañana a las siete en el edificio de la calle Leboutoux, situado junto al parque Monceau. Eran las únicas pintadas de azul en todo el bloque de viviendas, las otras eran de un verde apagado, podrido; en efecto, ni siquiera se lo podía considerar un color, era solo una capa de pintura pasada por pura casualidad, y nadie las notaba cuando se abrían o se cerraban, porque todas eran igualmente feas.

Las contraventanas azules del tercer piso, en cambio, tenían un carácter propio. Un poco, preciso es reconocerlo, porque eran

diferentes de todas las demás, aunque también porque no se abrían todos los días del mismo modo. Algunas veces se abrían de una manera lenta, casi sin ganas. Esto tenía lugar cuando Brigitte se había acostado tarde la noche anterior por haber estado trabajando en un cuadro y no haberlo terminado aún y, por consiguiente, no tenía ganas de oír enseñada las voces de la ciudad, que empezaba su carrusel de cada día. Otras veces las contraventanas azules se abrían de un salto, con vigor, como para dar los “buenos días” a la mañana y a las otras ventanas. En esos casos, o bien era que probablemente Brigitte había terminado un cuadro y se sentía satisfecha del trabajo, o bien que Pierre había descansado bien y tenía ganas de anticipar el comienzo de la jornada. También había días en los que las persianas se levantaban casi riendo, casi a saltos: en esas ocasiones Pierre y Brigitte, alegres como niños, se daban los buenos días alternando los besos con las carcajadas. Por último, había días también en los que los postigos azules se abrían y basta. Lo hacían por deber, por costumbre, pero sin mirar afuera, porque ya era demasiado trabajoso estar dentro. Lo que pasaba era que Pierre y Brigitte reñían y, orgullosos como eran los dos, no se dirigían la palabra incluso durante toda una semana, excepto en lo que concernía a sus deberes para con la niña. Esto sucedía, en efecto, rara vez, pero sucedía.

El administrador de la finca, Fabien Durand, le dijo una vez a Brigitte que debían pintar sus ventanas como todas las demás: “A fin de mantener la uniformidad que corresponde a un edificio de época habitado por familias respetables”. A Brigitte le entró la risa. Ella consideraba la *uniformidad* como una ofensa, aunque se abstuvo de decírselo al administrador. Y le respondió de manera amable que ni hablar. El administrador sentía una cierta debilidad por Brigitte, porque era la más joven y la más guapa de las vecinas. Aunque no solo por eso...

“Vamos, se le puede perdonar cierta extravagancia, se trata de una artista”, respondía a los copropietarios que le pedían cuentas por las ventanas azules. A renglón seguido, confesaba que estaba bromeando y que se ocuparía del asunto. Sin embargo, una vez se le escapó un pensamiento poco afortunado:

—Podríamos aceptar la propuesta de la señora Brigitte y pintar todas las ventanas de azul. En el fondo, estaría bien...

Lo había dicho una noche en la reunión de copropietarios respondiendo a la señora Dubois, que con voz ronca le había preguntado si los vecinos de las ventanas azules se decidirían de una vez a pintarlas como los otros.

Todos miraron al administrador como si fuera un infiltrado, como alguien que no tenía nada que ver con la reunión y estaba allí para tomar el pelo a los presentes.

—¿Está diciendo eso en serio? —le preguntó el vecino del segundo piso, el notario Morel, que ya tenía dibujado en el rostro el sobre blanco con la carta de despido para *monsieur* Durand, administrador de fincas de la casa Fabien & Fabien.

Este último imaginó la carta con caracteres de grandes dimensiones y se apresuró a decir con una sonrisa:

—Era una broma, naturalmente. También a mí me parece, como es obvio, que son de mal gusto, demasiado excéntricas. Pero pasemos a temas más serios...

Cada vez que aparecían las ventanas azules el administrador encontraba siempre temas más serios para pasar a otra cosa. Los preparaba con antelación. Era su regalo a Brigitte. Nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su mujer, pero él también había sido artista de joven: pintaba, como Brigitte. Le gustaba retratar a las personas, y con sus retratos ponía de relieve el lado oscuro del ser humano. Era entonces muy joven y sus retratos agradaban a los profesores. A Fabien le hubiera gustado hacer el bachillerato artístico, pero su madre y su padre pensaban que ser pintor no era un verdadero oficio y, además, los artistas eran personas poco decorosas: lo enviaron a Economía y Comercio. Él no tenía la fortaleza de Brigitte, a él le hubieran podido imponer ventanas de color verde podrido. Brigitte era su revancha. Cuando se marchaba

de las aburridas reuniones de vecinos, decía para sus adentros: "Por esta vez también las ventanas seguirán pintadas de azul". Y era como si en la reunión también hubieran estado sus padres. También ellos habían salido derrotados.

Brigitte procedía de un lugar en el que el mar había domesticado a la tierra, la Bretaña. Allí todas las ventanas eran azules, pero no por mantener la uniformidad: era la llamada del mar. Más fuerte que todo y que todos.

Un día, Brigitte acababa de pintar las ventanas de su casa en Le Val André, un pequeño pueblecito en el que habitaba con su padre, Sergio, y con su madre, Danielle. Había vuelto a entrar en casa porque quería escribir la frase de costumbre: *¡Ojo! Recién pintado. Por favor, no tocar.*

Pero no se apuró lo suficiente. Pierre pasaba por allí con un grupo de amigos con los que estaba de vacaciones. Al ver el azul intenso de las ventanas, dijo: "¡Aquí está! ¡Este es exactamente el color que me gustaría para mis ventanas de París! ¡Estoy harto del color verde apagado! Hagamos caso, es el color símbolo de la Bretaña; todas las casas tienen las ventanas azules, dan alegría, son luminosas. De este modo, tendré el recuerdo del mar también en las oscuras jornadas invernales en París". Sus manos se posaron sobre aquel ejemplo de luminosidad y la pintura fresca hizo el resto. En ese mismo momento

salió Brigitte con el cartel preparado y vio las manos azules de Pierre. Un coro de carcajadas la recibió.

Brigitte y Pierre se enamoraron así, aquel día de agosto de 1929. Émeline había oído esta historia desde pequeña, unas veces contada por su mamá y otras por su papá. Por consiguiente, no se sorprendió cuando vio que sus contraventanas eran azul Bretaña, como decía Pierre, su padre, diferentes de todas las de sus vecinos. Eran también los únicos judíos del edificio, pero hasta el año 1941 nadie lo había notado. Vivían en la calle Leboutoux desde 1930, cuando se casaron y se convirtieron en el matrimonio Samuel. En 1934 había nacido Émeline.

La Bretaña se convirtió en la meta de sus vacaciones: esto era lo que habían pactado, porque de otro modo Brigitte no se habría casado nunca ni se habría ido a vivir a París. Para ella, dejar el mar fue un poco como dejar el seno materno.

Brigitte era pintora. Dibujaba el mar, lo pintaba de azul claro, de verde, de gris, de azul marino, de amarillo. Nunca faltaba el mar en los cuadros de Brigitte. En algunas raras ocasiones era azul; otras veces, como decía ella misma: "Cambia de color, porque es una metáfora". Se volvía blanco cuando era el vientre de la mujer que aguardaba un hijo, se volvía amarillo cuando era una casa en la que se salvaban niños de todos los

colores de un elefante color turquesa, o bien era negro como la oscuridad que envolvía los ojos de las personas y las cegaba.

El que más le gustaba a Émeline era uno en el que el mar era rojo y dentro de él había una enorme ballena que comía sol en el desayuno, el almuerzo y la cena. Fue, en verdad, Brigitte quien le explicó el significado de aquel cuadro: ella, Émeline, cuando lo vio por vez primera, no había notado más que una mancha roja indefinida, en cuyo interior flotaba una figura negra, recubierta de extrañas serpientes amarillas.

Su mamá le había susurrado que debía mirarlo despacio y, sobre todo, olvidarse de los ojos normales y usar los especiales.

Le había dicho: "Con los ojos especiales puedes ver las cosas tal como están hechas por dentro, no solo por fuera. Cuando usamos los ojos especiales, cada cosa que vemos se transforma y cada uno de nosotros descubre algo secreto, algo que jamás había visto".

"Sí —le respondió, paciente, Émeline—. Pero ¿dónde está el sol, mamá? ¿No me has dicho que la ballena se está comiendo el sol?"

"¿Ves las pequeñas serpientes amarillas? Son los rayos del sol. Solo han quedado los rayos porque la ballena se ha comido todo el sol, pero esos no le gustaban. ¡Mira cómo está la barriga de la ballena de grande y de redonda! El sol ha acabado allí dentro. La ballena es como un hombre que quiere

devorar todo lo que desea. El color rojo del mar representa el deseo”.

“¿Pero qué es lo que quiere decir exactamente tu cuadro, mamá? ¿Por qué lo has hecho”, había preguntado Émeline con candidez.

“Porque quería contar que nosotros, los hombres y las mujeres, engordamos de deseos. Nos damos enormes atracones y después nos ponemos pesados como la ballena”.

En resumidas cuentas, era “un cuadro con significados simbólicos”. Esto último se lo había explicado su papá.

“¿Qué son los significados simbólicos, papá?”, le había preguntado Émeline. Ella no se rendía nunca: en el fondo, ¿para qué estaban los mayores sino para explicar los misterios a los niños?

“Hay obras en las que el pintor pone cosas escondidas, cosas que hemos de buscar, que hemos de adivinar —le había respondido Pierre—. Por lo general, los niños son mejores en este juego. Los mayores, por si quieres saberlo, Émeline, hacen como si entendieran, pero no siempre es verdad”.

“Si es por eso, tampoco yo lo consigo, papá”, había tenido que admitir Émeline.

“Ya te acostumbrarás. Mamá te enseñará a leer las cosas escondidas y a usar los ojos especiales. Ella es una artista, es capaz de ver incluso las cosas que para los otros no existen”.

“Ya sabía que mamá tenía poderes mágicos, a veces también a mí me parece extraña... ¿No será un poco bruja?”.

“¿Acaso has visto alguna vez a una bruja tan guapa? Parece extraña porque su atención es captada por cosas que los otros no perciben”.

“A mí también me gustaría. ¿Podré aprender, papá?”.

“Yo creo que sí. Pero ¿no te disgustará que te digan que eres rara?”, le había respondido su padre acariciándole el pelo.

Émeline, luego de pensarlo un poco, había dicho por fin, con aire serio: “No. Bastará con que René sea como tú. ¿Qué dices, papá, le gustarán también a René la mujeres que parecen un poco brujas?”.

René

Los postigos azules del tercer piso tenían otro turno de apertura, además del matutino. A las cuatro de la tarde se abrían puntualmente, despacio, de manera tímida pero sin vacilaciones.

Y, al mismo tiempo, se extendían también hacia el exterior los de al lado, serios y tristes, pero igualmente puntuales.

–Hola, Émeline. ¿Has terminado los deberes?

–Me falta una operación y acabo, ¿y tú?

–Ya los he terminado. ¿Bajamos?

–Dame cinco minutos y estoy contigo.

Hasta luego, René.

René tenía nueve años, dos más que Émeline, y era su novio. “Amigos de corazón”, decía riendo Brigitte. Pero Émeline no se daba por aludida. Era como su papá, serena en su seriedad inoxidable.

“René y yo somos novios. Ahora todavía somos pequeños, pero cuando tengamos veinte años nos casaremos. Si quieren, pueden venir a nuestra boda. Pero después nos iremos a vivir solos”.

Su padre, Pierre, ya no se reía al oírlo hablar así. René había aparecido un año atrás en la vida de su hija. Y ella lo había preferido a él. No daba risa. El dolor del abandono era algo serio: un año antes Émeline decía que se casaría solo con su papá.

Los dos niños iban a menudo al patio de la casa por la tarde, y algunas veces la niñera de Émeline, la dulce Amandine, los llevaba al parque Monceau. Correteaban en bicicleta, o jugaban con otros niños al escondite, a policías y ladrones, al pañuelito.

Pero un día las cosas se volvieron distintas, las personas cambiaron de repente y Émeline empezó a no comprender nada.

Todo empezó una mañana de mayo. Era domingo. Aquel día la primavera ya se había asentado: el cielo parecía un desierto, no se veía una sola nube y hasta el viento estaba en calma. El sol ya calentaba: inmóvil y sereno, se espejaba en las aceras, que reflejaban una luz dorada. La luz se fijaba en las ramas de los

árboles que se alineaban a lo largo de las aceras y destellos dorados rebotaban sobre las paredes de las casas con sus contraventanas cerradas. Había mucha luz, pero no era un día luminoso. Todo parecía mudo: las calles, las casas, las ventanas, las aceras.

Émeline estaba con Amandine. Su papá había dicho que debía ausentarse de París por razones de trabajo y su madre debía terminar un cuadro.

Al llegar al parque, estaban entrando por la puerta de costumbre cuando Amandine asió a Émeline por un brazo. La niña se detuvo a mirarla esperando a que le diera una explicación.

—No podemos entrar, lo siento mucho, Émeline —susurró al mismo tiempo que señalaba a la niña un cartel blanco colgado en la verja.

El cartel decía: *Se prohíbe la entrada en el parque a los niños judíos*. Aquel cartel era para Émeline como uno de los cuadros incomprensibles de su madre. ¿Qué significaba?

—Por desgracia significa precisamente lo que está escrito: que los judíos no pueden entrar en el parque. Y tú eres judía, Émeline.

—Pero mira, allí está Bastien, y allí también está Gustav, son mis compañeros de la escuela. ¿No son judíos ellos también?

—Me parece que no.

—¿Quieres decir que no son iguales a mí? ¿No somos todos judíos? ¿Tú no eres judía?

—No. Yo soy católica. Escucha, Émeline, tampoco a mí me gusta este cartel, pero no podemos entrar. Volvamos a casa.

Por mucho que Émeline buscara una explicación, nada acudía a su mente. Tenía la cabeza vacía.

—Pero ¿por qué no pueden entrar los judíos al parque? —le preguntó entonces a Amandine.

—Es cosa de la guerra, querida Émeline. Nuestro país ha caído prisionero de los soldados alemanes... En pocas palabras, mandan ellos, y a los alemanes no les gustan los judíos.

—¿Y por qué? —debía haber algún motivo. “Yo no soporto a Bibiane, pero sé el motivo”, pensó Émeline.

—No hay ningún motivo. Es así. Son unas personas malas —la niña sabía que, cuando Amandine no tenía ganas de hablar de un tema, daba por lo general respuestas secas que no contenían explicaciones. Eso significaba que las preguntas habían llegado al final y debían detenerse. Eso fue lo que hizo Émeline. “Pero siempre hay algún motivo —pensó—, al menos eso es lo que dice papá. Se lo preguntaré a él”.

—¡Esto es demasiado! Ahora también los niños... ¡Malditos! ¡Malditos sean! Ven, Émeline, vamos al parque, vas a venir con mamá.

Amandine miró a la madre de la niña: en aquellos ojos se veía una mezcla de miedo y de sorpresa.

—Pero, señora... así corre el riesgo de comprometer su libertad y la de la niña. ¡Es demasiado peligroso! Puede aventurarse a una delación, a una redada. Se lo ruego, no se precipite, espere a su marido...

—¡No quiero esperar a mi marido y no soy una mujer que se precipite! Deberían ser ustedes, franceses de raza aria, los que lo hicieran: ocupar el parque con sus hijos para decir “basta” a estas injusticias. Sin embargo, obedecen siempre. Yo no quiero obedecer más.

Tomó a Émeline por un brazo y salió.

Gustav y Bastien estaban todavía en el parque. Un poco más allá había dos niñas a las que Émeline no conocía. Brigitte entró decidida en el parque junto con su hija ignorando el cartel con la prohibición. Las madres de Gustav y de Bastien se miraron y empezaron a hablar a toda velocidad.

—Ve a jugar con tus amigos, Émeline —dijo Brigitte a la niña.

Émeline obedeció. El tono que empleó su madre lo había oído pocas veces, pero le habían bastado para saber que no admitía réplicas.

Los niños recibieron a Émeline sonriendo y empezaron a jugar con ella como si se hubieran visto un minuto antes. Como si el mundo no hubiera cambiado mientras tanto.

Sin embargo, de golpe y porrazo, las madres de Gustav y de Bastien llamaron a sus hijos para irse.

Una de ellas se detuvo, sin embargo. Vaciló un instante. Dio marcha atrás y se dirigió a Brigitte.

—Lo siento, señora. No tenemos nada contra usted ni contra su hija, pero no queremos arriesgarnos a que nos detengan también a nosotros, por si acaso las descubren en el parque. Déjeme decirle que está corriendo usted un riesgo quedándose aquí... Lo siento. Hasta la vista.

Brigitte no respondió. Se volvió hacia Émeline. La niña se había quedado de pie y miraba a Gustav y a Bastien que se marchaban. No oía nada. Era como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona, no a ella; no había razón para lo que le estaba pasando.

En ese momento llegó Pierre. Amandine lo había puesto al corriente porque estaba preocupada por Émeline. Iba corriendo, miraba inquieto a su alrededor. Llevó a Émeline fuera del parque. Después intentó sacar también a Brigitte, que se negó rotundamente.

Empezaron a levantar la voz. Pierre, al principio, hablaba despacio, controlando los gestos y el tono para no llamar la atención. Sin embargo, poco después perdió la paciencia y sus palabras se hicieron audibles para todos. Hasta Émeline lo podía oír.

—¿Qué piensas hacer, Brigitte? Esto no es un escenario para artistas revolucionarios; esto es la vida, la tuya, la mía y la de Émeline. Y la estás poniendo en peligro. No puedes hacer

la revolución tú sola. Los alemanes están en París y nosotros, los judíos, solo podemos subir en el último vagón del tranvía. ¿Te das cuenta? Se han quedado con nuestras propiedades, con nuestros objetos de oro, con nuestro dinero, ¿te das cuenta? No tienen que pedir permiso para hacerlo, son los vencedores. Pero no, tú no te das cuenta de nada, tú tienes tu mar para dibujar. ¿Ves ese cartel? ¿Sabes lo que significa? Que si no lo respetas te llevan a la cárcel y ya no vuelves a salir. ¿Eres consciente del riesgo que le has hecho correr a tu hija?

Al oír aquellas palabras, las dos últimas madres que quedaban en el parque salieron llevándose con ellas a sus hijas.

—Pero ¿es que no comprendes que todo esto es absurdo? —le respondió Brigitte señalando a las dos mujeres que se iban—. Nadie se rebela; la vida a nuestro alrededor parece la misma, solo ha cambiado para nosotros. Todos aquí siguen yendo al teatro, al cine, al restaurante, discuten de política y de libertad y, sin embargo, permiten que unos niños sean excluidos del parque. Pero ¿adónde habíamos vivido hasta ahora? Por lo que a mí respecta, ya no puedo soportar toda esta indiferencia...

—¡No es indiferencia, Brigitte! ¡Es miedo! Sí, todos tienen miedo tanto en París como en toda Francia. Sé que es un sentimiento que tú no conoces, pero la realidad es esta. Y

harías bien en tener miedo tú también. ¿No te das cuenta...?

—Eres tú el que no se da cuenta, Pierre —replicó su mujer—. ¡Vamos, abre por fin los ojos! Te estás comportando como un cobarde, como todos los franceses...

—¿Qué sabes tú de lo que me está pasando a mí? ¿De verdad quieres saberlo? ¿Quieres saber adónde voy cuando me marchó por la mañana? Me voy a casa de mi madre, porque me han despedido, Brigitte. ¿Y sabes por qué? Porque soy judío. Los periodistas judíos no son dignos de escribir en el París ocupado por los alemanes, ¿lo sabías? Pues bien, así están las cosas —admitió dejando de gritar. Su voz se tornó cansada—. Hace una semana que me dijeron que podía quedarme en casa. Las disposiciones son estas. No he tenido el valor de decírtelo. Tú te sigues comportando como si no hubiera pasado nada. Hace meses que las cosas se están precipitando y tú haces como si nada. Yo ya no sé qué hacer... Voy a la casa de mi madre, sí. Ella me dice que te lo diga y cada día vuelvo con la intención de hacerlo, pero tú siempre andas obnubilada con tus cuadros y por tu rabia contra los alemanes y contra la gente de París... ¿Sabes que a partir de hoy todos los judíos debemos llevar una estrella amarilla, símbolo de nuestra maldición? Debemos ser reconocibles, detectables, está claro que quieren hacernos desaparecer. Pero ¿en qué país vives, Brigitte? Es preciso

que vuelvas a nosotros. La vida ha cambiado. Y cambiará todavía mucho más. Por el hecho de negarlo no vas a conseguir convencerte a ti misma de que todo sigue como antes. No puedes seguir adelante, Brigitte...

Pierre estaba agotado. Se dejó caer en un banco y comenzó a llorar de manera queda, en silencio.

Brigitte parecía haberse convertido en una estatua de mármol, como las que hay en los parques junto a las fuentes.

Émeline fue a abrazar a su padre. Después corrió junto a su madre con el deseo de protegerla también a ella. Los tenía aferrados de las manos y la inmovilidad de sus padres le infundía temor.

Pierre fue el primero en recuperarse.

—Vamos a darnos prisa, salgamos de aquí. Nos están mirando desde las ventanas, quién sabe a cuánta gente le habremos despertado la curiosidad con nuestros gritos. Alguien podría haber llamado a los gendarmes.

Tomó de la mano a Émeline y la sacó del parque; después, y dado que Brigitte no se movía, también la tomó de la mano. Su mujer lo siguió sin decir nada.

Volvieron a casa y Brigitte se abrazó a Pierre. Sin decir nada, acarició su rostro con ternura, como si fuera un niño.

Émeline buscó la mano de su madre, se sentía feliz al ver a sus padres tan unidos. Después se sintió sola y se fue a buscar a René. Los

postigos de color azul se abrieron y la cabeza de Émeline se asomó al mundo de su patio una vez más. Los postigos verdes de René estaban cerrados. Émeline llamó y René acudió. Tenía un aire extraño, hablaba despacio, no la miraba a la cara.

“Qué manera tan extraña de comportarse –pensó la niña–. ¿También él será judío? Parece que tiene miedo”.

–¿También tú eres judío, René? –le preguntó.

–Yo no, pero tú sí.

–¿Y entonces?

–Y entonces mi madre ha dicho que no debemos tratarnos, al menos durante un tiempo. Dice que es peligroso. Yo no sé el motivo, pero tengo que hacer lo que me dice.

–¿Aunque no te parezca justo?

–Bueno, es mi madre. Es una “persona mayor”. Siempre lo sabe todo. Si me lo ha dicho, algún motivo habrá. De todos modos, sigamos siendo novios, ya pasará esto.

–No –dijo Émeline con orgullo–. No pasará. Yo seguiré siendo siempre judía, y me acordaré de que no quisiste hablarme porque tenías miedo –cerró los postigos y pensó que nadie tenía las ventanas pintadas de azul en aquel edificio; solo ellos, que eran judíos.

Buscó en sus bolsillos su amuleto, una estrellita de plata que le había regalado su abuela. ¡Había desaparecido! ¡Claro, debía haberla perdido en el parque! Tenía que volver allí a buscarla. No había otro remedio.

Sus padres estaban hablando en la sala de estar y no se dieron cuenta de que Émeline había abierto la puerta y había salido muy despacio.

Ya era de noche y no quedaba nadie en el parque. Émeline entró y empezó a buscar su estrellita.

–¿Has perdido algo?

Frente a Émeline apareció un señor anciano, vestido de manera elegante, aunque tenía los zapatos rotos y la chaqueta le colgaba toda de un lado. Además olía un poco mal. Sin embargo, su cara parecía simpática.

–Estoy buscando una estrellita de plata. Es mi amuleto, la llevo siempre en el bolsillo. ¿La ha visto por casualidad?

–No, lo siento –respondió el señor–. A propósito, yo me llamo Jacques. ¿Y tú?

–Émeline. Perdona, pero ahora debo buscar mi estrellita...

–Justo. Si me dejas que arregle mi cama, después te ayudaré a buscarla.

–¿La cama? ¿Qué cama?

Émeline lo siguió con la mirada. Jacques se acercó a un banco; detrás del banco, las ramas de un árbol bajaban hasta el suelo hasta formar un refugio. Debajo de aquel pequeño escondite había unos cartones y dos mantas.

–Esta es mi cama –dijo Jacques.

–¿Quieres decir que duermes aquí? ¡¿En el parque?!

—Sí, esta es mi casa. En invierno hace frío y tengo otra cama, pero en primavera se está muy bien aquí, Émeline.

—¿Y no te ve nadie? ¿No te dicen nada? Yo soy judía y ni siquiera puedo venir ya al parque. Tú no eres judío, ¿verdad? De otro modo, te cazarían.

—Oh, si supieran que estoy aquí me cazarían de todos modos. Pero yo no me dejo ver de día. Vengo aquí por la noche para estar en paz, lejos de los coches, a dormir bajo las estrellas. Siento que ya no puedas entrar en el parque. Resiste, Émeline, los alemanes pasarán también, solo las estrellas se quedan siempre donde están.

—Mi papá tiene mucho miedo de ellos. ¿Sabes que los judíos tenemos que cosernos ahora una estrella amarilla en el brazo para que se nos pueda reconocer?

—Tú no te la pongas, Émeline. Hazme caso, es una trampa. Tú no eres diferente de cualquier otra niña francesa. Solo si te pones la estrella te podrán detectar. Son unos hombres locos, además de malos.

—Pero ¿y si después me atrapan? Si descubren que no llevo la estrella y soy judía me meterán en la cárcel.

—¿Y por qué habrían de atraparte si no saben que eres judía? ¿Cómo hacen para distinguir a una persona judía? Por la estrella. Hazme caso, es una trampa. Con la estrella bien visible, los podrán sacar con más facilidad. No te la pongas, Émeline.

Jacques tenía razón, en efecto. Tal vez los alemanes estaban locos además de ser malos. Émeline decidió que no se pondría la estrella.

—¡Eh, mira aquí! Esta estrellita que brilla sobre las hojas debe ser la tuya.

—¡Es la mía! Gracias. ¿Cómo has hecho para verla?

—Estoy acostumbrado a las estrellas de la noche —le respondió Jacques.

—Ahora tengo que volver a casa. ¿Sabes una cosa? Estoy contenta, porque al menos me ha quedado un amigo en el parque, Jacques. ¿Quieres ser mi amigo?

—Me sentiré muy honrado, Émeline.

—¿Aunque sea judía?

—Con mayor razón aún —le respondió el elegante señor con los zapatos agujereados.

La niña más sola del mundo

Émeline se despertó tarde al día siguiente. Cuando se levantó, encontró a su madre y a su padre en la cocina. Su madre estaba cosiendo la estrella de David en la chaqueta de Émeline. Los dos estaban silenciosos. No como la noche anterior, cuando ella volvió sin que la vieran y los había oído hablar todavía. El silencio había sido siempre un perfecto extraño en su casa, pero desde hacía poco Émeline se estaba acostumbrando a él.

—No, mamá, yo no me la pongo. No quiero que me reconozcan y me lleven a la cárcel.

—Papá tiene razón, Émeline. Debemos tener paciencia y esperar a que los alemanes

se vayan cuanto antes. Mientras tanto debemos obedecer. Es el único modo que tenemos de sobrevivir.

—¡No, mamá! ¿Es que no lo comprendes? Es una manera de reconocernos y poder detenernos cuando quieran. Los alemanes están locos.

—¡Basta, Émeline! —intervino su padre de manera brusca—. No te hemos preguntado tu opinión; tú no puedes decidir, a tus siete años, lo que es justo y lo que no lo es. Coseremos la estrella en tu chaqueta y te la pondrás. Eso es todo.

—Está bien, papá —respondió la niña. Pero sigo pensando que les estamos haciendo un favor a los alemanes.

El trayecto desde su casa a la escuela supuso un sufrimiento para Émeline. Muchos la señalaban como si se tratara de un bicho raro. Otros la evitaban, como si el solo hecho de saludarla fuera peligroso. Sin embargo, alguien les sonrió y una señora le estrechó la mano a su padre. Él le obsequió una amplia sonrisa, como si la conociera desde hacía mucho tiempo. “Pero eso significa lo mismo, papá, significa que somos diferentes”, pensó Émeline. A ella no le gustaba ninguna de las reacciones que provocaba la vista de la estrella amarilla cosida en su brazo como una marca.

Las cosas funcionaron mejor en la escuela. Sus maestras la recibieron con una sonrisa más grande que de costumbre, y ni siquiera los niños demostraban hacer el menor caso

a la estrella. Todo parecía normal y Émeline se olvidó del asunto. Sin embargo, cuando salieron al patio para el recreo tuvo lugar un hecho que convirtió a Émeline en la niña más triste y sola del mundo.

En un determinado momento entraron dos gendarmes en la escuela. Iban acompañados de un soldado alemán. Fueron a hablar con el director y salieron cinco minutos después. Iban acompañados del portero, León. Este último señaló a los gendarmes tres niños, dos chicos y ella, Émeline. Los otros dos también llevaban cosida la estrella en el brazo. El alemán hizo una seña precisamente a Émeline, y los tres se dirigieron hacia ella. Justo en ese momento desaparecieron todos los que estaban junto a Émeline, se alejaron apresuradamente de ella interponiendo una distancia de diez metros por lo menos. Sus compañeros hacían como si nada, seguían hablando como si no hubieran advertido a los gendarmes y al oficial alemán. Solo que lo hacían a una distancia de seguridad de la niña con la estrella amarilla. Hasta las maestras se habían alejado, su sonrisa había desaparecido. Émeline estaba sola.

Un gendarme le preguntó bruscamente su nombre y su apellido. También la calle donde vivía. Ella respondió y el oficial alemán escribió algo en un cuaderno. Después se dirigieron a los dos niños con la estrella amarilla y les hicieron las mismas preguntas.

Los gendarmes y el soldado se marcharon. Una vez que hubieron desaparecido, todos se quedaron quietos, dejaron de hablar y de moverse. Sin embargo, se trataba de un silencio muy distinto de aquel que Émeline había empezado a conocer en su casa. A su madre y a su padre no les faltaban las palabras, solo tenían miedo de pronunciarlas. En su vida las palabras iban siempre de la alegría a la esperanza, de los proyectos a las discusiones y, después, a las reconciliaciones. Había siempre muchas palabras, y otras nacían de ellas por amor.

Con aquella nueva vida, las palabras y la atmósfera despreocupada que las acompañaba parecían perdidas. No había sitio para la despreocupación, sino solo para el miedo y la obediencia a las nuevas leyes raciales. Con todo, Émeline tenía aún en sus oídos aquellas bellas charlas nocturnas que se daban en la cocina entre su mamá, su papá y sus amigos, y sabía que también a ellos les faltaban, probablemente las tendrían apretadas dentro, en espera de poder usarlas de nuevo. Entretanto, se mantenían abrazados entre ellos, sin palabras, pero con amor.

Aquel día, sin embargo, las cosas fueron diferentes en el patio de la escuela. Daba la impresión de que las personas se hubieran tragado una piedra. Cada uno callaba y cargaba con su dosis de miedo, un peñasco que los hacía enmudecer y ponerse tristes. En aquel

silencio no había amor. Émeline no hubiera querido quedarse allí ni un minuto más. Ahora lo sabía. Sabía que aquella estrella haría que se quedara sola.

Volvió a pensar en su amigo del parque, Jacques, el hombre con los zapatos agujereados. Le había dicho que quería ser su amigo, aunque fuera judía. Él no tenía miedo. Al menos, así lo parecía. ¿Sería verdad? Diferente sí que lo era, dormía bajo las estrellas. Deseaba verlo. Ahora bien, ¿cómo lo iba a hacer? Jacques solo estaba en el parque cuando ya había oscurecido.

A las siete sus padres estaban en la cocina. Oyó que hablaban del parque, qué coincidencia.

—Lo sé, Brigitte —decía Pierre—. Sé que lo habrías hecho, amor. Si tú no hubieras sido judía y hubieras visto la prohibición de que los niños judíos entraran al parque, te habrías quedado a dormir allí en señal de protesta, por solidaridad con los excluidos, no tengo la menor duda. Y hasta es posible que yo me hubiera quedado allí contigo. Pero las cosas no son así. Ahora somos nosotros los diferentes. Y yo comprendo el miedo que tienen todos. Los nazis son fieras, no son hombres, y no conocen la piedad. Ahora han comenzado con las batidas... Me han dicho que llevan a los judíos de París a campos de trabajo, como esclavos. Tal vez nosotros también deberíamos irnos de aquí...

—Sabes que a mí no me gusta escapar. Pero tal vez sea lo único que nos queda por hacer. Vayamos a casa de mi madre, Pierre. En Bretaña todavía está la cosa bastante tranquila. Y si vemos que allí también hay peligro, podríamos ir a reunirnos con mi tío en los Estados Unidos.

—No sé, no querría empeorar la situación. Estoy intentando trabajar, me dejan escribir con un seudónimo y me pagan bien los artículos. El director de mi periódico se ha mostrado generoso conmigo, podría haberse desentendido. Aquí tenemos al menos unos ingresos seguros. Y está también la escuela de Émeline... No sé. Vamos a pensarlo aún algunos días, ¿te parece?

Émeline ya había oído bastante. ¡Su madre había tenido una idea espléndida! Se fue al dormitorio de sus padres, abrió los postigos azules de par en par y probó a llamar en voz baja a René. Le hacía falta, aunque ya no quisiera ser su novia; pero él no respondió. La muchachita tomó entonces esta decisión: me deslizaré por la puerta silenciosamente. Nadie se dio cuenta. En un abrir y cerrar de ojos estaba afuera.

—¿Qué haces tú aquí a esta hora?

Jacques estaba tendiendo la ropa en las ramas de un árbol. Había lavado algunas prendas en la fuente del parque y las colgaba al aire caliente de la noche.

Émeline no sabía qué responder. Había decidido ir a dormir con su amigo en plan de

protesta, tal como le hubiera gustado hacer a su madre. Sin embargo, debía decirle algo convincente a Jacques. De lo contrario, la mandaría inmediatamente a su casa.

—Hoy han venido los gendarmes a mi escuela. ¿Ves? Llevo la estrella amarilla. Mi madre dice que es preciso llevarla a la fuerza, por eso me han visto y me han preguntado dónde vivía y con quién. Yo he tenido que contestarles. Pero cuando volví a mi casa, a mi madre y a mi padre se los habían llevado. Una vecina me ha dicho que desapareciera porque iban a volver también por mí... ¿Puedo esconderme aquí contigo? ¿Tienes un refugio para mí?

—Émeline, tú eres una niña, no puedes dormir en la calle.

—¿Y entonces tú...?

—En mi caso es diferente, ahora ya me he acostumbrado.

—Pero estoy sola. ¿Adónde podría ir?

—¿No tienes parientes?

—No, aquí no tengo a nadie.

Jacques se quedó pensativo durante unos minutos.

—Está bien, quédate esta noche y mañana veremos, ¿de acuerdo?

—¡Bien! Gracias, tú eres un verdadero amigo de los judíos.

—Bueno, no exageremos... Soy tu amigo, eso sí. A los otros no los conozco.

Jacques reunió unos cartones y unas mantas que sacó de sus cosas. Después se puso a

buscar un sitio mirando entre los bancos junto a los árboles. Enseguida descubrió un rincón resguardado para Émeline.

Estaba situado entre una mata alta y un banco. Émeline durmió allí aquella noche, bajo las estrellas, con las mantas que le había prestado su amigo. Se durmió serena pensando en que su mamá estaría orgullosa de ella.

A la mañana siguiente, Jacques la despertó muy temprano.

—Vamos, niña judía, levántate, debemos esconder las mantas y los cartones y lavarnos antes de que lleguen las madres con sus hijos. Por aquí pasan muy pronto para ir a la escuela y alguna entra para que juegue su hijo algunos minutos antes de llevarlo al colegio.

“También yo pasaba por aquí para ir a la escuela —pensó Émeline—. Después me convertí en judía”.

Se dio prisa e intentó doblar las mantas hasta que se volvieron pequeñas. Se las entregó a Jacques. Su amigo la acompañó después a una fuente que Émeline conocía muy bien (¡cuántas veces había bebido en ella y había hecho la fila para enjuagarse las manos con los otros niños!). El agua estaba gélida para lavarse la cara, pero la despertó por completo. Jugaron a salpicarse, Émeline pensó que era estupendo tener un amigo como Jacques. Ya no estaba sola.

—Escucha, Émeline. Yo voy a ganarme algo para poder comer. Si quieres venir conmigo,

ven, compartiremos el pan y el vino, bueno... en realidad solo el pan. Pero no deberás estar cerca de mí, no soporto a los que explotan a los niños para hacer el trabajo que yo hago.

El trabajo de Jacques consistía en tender la mano para pedir unas monedas a los que pasaban junto a él. Su puesto de combate estaba en el centro, cerca de la Torre Eiffel. Jacques había quitado la estrella amarilla de la chaqueta de Émeline.

—Así no tendremos sorpresas —le dijo.

En cuanto consiguió algunas monedas, Jacques se las dio a Émeline y le dijo que entrara con él al bar a tomar dos galletas y dos vasos de leche. Émeline se divertía: había estado dos horas en el parque jugando y nadie la había mirado con malos ojos.

Juntos comieron y se tomaron la leche. Tras lo cual, Jacques volvió a su sitio.

Se quedó allí hasta la hora del almuerzo. Después, con otras monedas, compraron dos bocadillos y una botella de vino tinto. Y poco después Jacques reemprendió el trabajo. Hacia las cinco de la tarde llamó a Émeline, que ya estaba empezando a aburrirse en el parque, y le dijo: “Mira esto, un señor que conozco me ha dado cinco francos. ¿Sabes qué vamos a hacer con ellos? Por hoy se acabó el trabajo. Allí hay una librería preciosa, vamos a entrar y vas a elegir un libro grande. Apuesto a que tu mamá y tu papá te leían cuentos por la noche en la cama”.

¡Mamá y papá! ¿Pero cómo era posible? Émeline no había pensado en ellos más que por la mañana al despertarse. ¿Habrían pensado en ella? ¿O tal vez se habrían marchado a la Bretaña sin ella? Pero no, no era posible. Y además no quería volver enseguida a casa de sus padres, se encontraba bien con Jacques. Los días pasaban más rápido que en su casa. Émeline pensó que sus padres no debían preocuparse ya que ella se estaba divirtiendo muchísimo. Estaba segura de que ellos lo comprenderían. Especialmente su mamá.

Fabien Durand

Brigitte y Pierre, los padres de Émeline, estaban desesperados. La habían buscado por todas partes. El director del periódico le había aconsejado a Pierre que no denunciara la desaparición a los gendarmes, porque, dado que eran judíos, se expondrían a las redadas que eran comunes por aquellos días.

Pierre fue también al parque, a la escuela, a casa de René, a las de sus amigas, pero nada. Nadie había visto a Émeline. El director del periódico de Pierre hizo publicar una foto de Émeline, sin mencionar su apellido por miedo a que se descubriera que era judía. Pusieron el número de teléfono del periódico

y los padres repartieron diferentes copias por todo el barrio, rogando a todo el que hubiera visto a la niña que llamara a ese teléfono.

Decidieron que esperarían hasta la noche y, después, irían a los gendarmes. Estaban seguros de que Émeline no había sido raptada, habían visto abierta la puerta y se habían dado cuenta de que había salido sin que la oyeran. Pero ¿por qué se habría marchado Émeline? Brigitte y Pierre seguían preguntándose por el porqué de aquella fuga.

Aquella noche, a las siete, llamaron a la puerta de casa. Brigitte corrió a abrir porque esperaba que fuera su pequeña Émeline. Sin embargo, eran los gendarmes.

Les dijeron que prepararan dos bolsas y que se fueran con ellos. Eran judíos, no podían preguntar ni dónde ni por qué. No tenían derechos. Los gendarmes buscaron a Émeline: en las hojas que llevaban decía que en aquella casa había tres judíos. Faltaba uno. No se creyeron la historia de la fuga y registraron todo el edificio. Sin embargo, Émeline no estaba allí, con gran alivio de sus padres, que esperaban que la niña estuviera a salvo. Al final se los llevaron de allí.

Al día siguiente por la noche había una reunión de vecinos.

Con la misma puntualidad que un crisantemo en un funeral, se presentó Fabien Durand ante los vecinos. La reunión terminó sin que nadie hubiera hablado de los postigos

azules. "Increíble", pensó el administrador. De ahí que preguntara:

—He observado que no figura en el orden del día ninguna queja contra los postigos azules. ¿Los han cambiado, por fin, los vecinos en cuestión?

Silencio. Nadie se atrevía a decir la verdad a la que habían asistido a su pesar, porque los gendarmes habían registrado todas las casas para encontrar a Émeline.

—¿Y bien? —preguntó una vez más el administrador.

—Eran judíos. Se los llevaron ayer por la noche y no han vuelto —dijo la señora Dubois.

—Y no creo que vuelvan —añadió su marido.

Al administrador le dio un vuelco el corazón. ¡Brigitte judía! Nunca lo hubiera imaginado. Pero, por otra parte, la cosa se podía comprender. Era tan bella y tan francesa. Sí, es cierto, estaba el apellido Samuel de su marido... pero él nunca había hecho caso ni siquiera a este extremo. Pensaba en ella ya como en una muerta. Sabía que había pocas esperanzas.

—¿Se han llevado también a la niña? —preguntó.

—No. La pequeña desapareció hace tres días, nadie la ha vuelto a ver.

—¿Cómo es posible? —el corazón le dio otro vuelco a Fabien. Entonces Brigitte había sido obligada a partir sin conocer la suerte de su hija. ¡Cómo debió sufrir! Todo eso era absurdo.

—¿Nadie sabe dónde puede estar la niña?
¿Cuántos años tiene?

—Me parece que ocho, tal vez menos.

—¿La han buscado ustedes?

—Pues no, ¿qué podemos hacer nosotros? Es judía, ¿acaso pretende usted que nos detengan a todos? —explotó el doctor Roux, el del cuarto piso.

—Pues claro que sí. Cada uno debe estar en su sitio, es justo —dijo el administrador con gran convicción.

—Nosotros no tenemos la menor culpa de que sean judíos, ¿no? ¿No le parece? —lo rebatió Pascal Roux ajustándose sus pequeñas gafas sobre la nariz.

—Supongo que no. Me pregunto si esto se debe considerar como una culpa... En todo caso, de seguro tiene usted razón, doctor Roux —dijo Fabien intentando ser lo más diplomático posible. Cada vez le resultaba más difícil. En un determinado momento la señora Dubois se levantó y le entregó a Fabien una hoja.

—Mire, esta es la foto que el padre de la niña había hecho publicar en su periódico para encontrarla. Pobre hombre...

El corazón de Fabien Durand dio un tercer vuelco. Esta vez más fuerte. Tal vez pudiera hacer todavía algo por Brigitte. Se levantó deprisa al mismo tiempo que devolvía el periódico.

—Les ruego que me disculpen, no quisiera dar la impresión de ser descortés, pero debo

irme. Nos veremos en la próxima reunión. —Después, poniéndose la chaqueta, añadió—: ¿Ha avisado ya alguno de ustedes a la madre de la señora Brigitte? ¿Adónde vive exactamente?

—En un pueblecito de la Bretaña, se llama Le Val André. Y no, no le hemos avisado.

—Entonces me toca a mí. Está claro. ¿Puede escribirme alguno de ustedes el nombre de la madre de la señora Brigitte? ¿O no lo sabe nadie?

—Yo lo sé —respondió la señora Dubois con una triste sonrisa de circunstancias—. Me la encontré una vez en las escaleras y ella misma se presentó, es una señora muy elegante —escribió en una hojita el nombre y el apellido de la madre de Brigitte y se la entregó a Fabien, dándole las gracias—. ¿Sabe? Es mejor que le avise usted —añadió—. Usted es el administrador y podrá redactarle un comunicado oficial.

“Vaya consuelo para aquella mujer, vieja bruja”, pensó Fabien. Sin embargo, como es natural, prefirió no revelar su pensamiento:

—Es un deber, señora Dubois —dijo, y se marchó deprisa. Las náuseas empezaban a devorarlo.

“¡El parque Monceau! Allí fue donde la vi. Ayer por la mañana pasé por allí y ella estaba junto a la fuente... Estoy seguro de que era ella”, se dijo el administrador recordando el recorte del periódico. Nunca había

visto a Émeline, pero por la foto reconoció los rasgos de Brigitte, el mismo pelo liso, sus ojos redondos y curiosos. Mientras tanto se dirigía a pasos rápidos hacia el parque. Cuando la vio eran las siete de la mañana, era posible que hubiera dormido allí. "Era demasiado temprano para que estuviera sola en el parque —seguía reflexionando—. No, ahora que lo pienso no estaba sola: estaba al lado de un mendigo...". Fabien recordó la escena. La niña se lavaba la cara salpicando al viejo, parecían amigos.

"¿Pero cómo es que estaba allí? —se preguntaba mientras se dirigía a toda velocidad hacia el parque—. Dios mío, haz que sea ella, así habré hecho algo al menos por Brigitte...".

—¡Émeline! ¡Émeline! —el administrador empezó a llamarla, primero en voz baja, después más fuerte. Ella le oyó, pero tenía miedo. ¿Quién era aquel hombre? Jacques oyó también a Fabien, se levantó y le salió al encuentro.

—¡Qué diantre, no grite tanto! La gente de París es curiosa, ¿lo sabía? Estos no son tiempos para ponerse a chillar por la noche. ¿Quién es usted? —preguntó Jacques, preocupado por si era de la policía.

—Soy un amigo de la madre de Émeline. No he podido conocer a la niña porque he estado varios años fuera de París —mintió el hombre para no alarmar al mendigo—. Me llamo Fabien Durand. ¿Y usted?

—Yo soy un amigo de Émeline. A propósito, ¿cómo está su madre? Dígamelo antes de que llegue la pequeña. ¿Tiene usted noticias? Émeline miraba desde lejos, no había visto nunca a aquel señor.

—Por desgracia, las noticias son pésimas. Los han apresado a los dos. ¿Sabe? Eran judíos...

—Sí, sí, lo sé. ¡Asquerosos asesinos! Pobre pequeña Émeline. ¿Sabe usted si tiene otros parientes? Lleva dos días aquí, pero no puedo tenerla conmigo mucho tiempo. Este no es su sitio. Aunque no quiero que le pase nada malo...

—Tampoco yo. Debe creerme. Como le he dicho, soy un amigo de Brigitte, su madre. Quiero llevar a Émeline a casa de su abuela en Bretaña, al parecer la situación está allí más tranquila. Aquí está en peligro: la están buscando, sabían que la familia estaba compuesta por tres personas y no se rendirán.

—Me lo imagino, estos miserables la quieren también a ella, ¿no es así? —el hombre reflexionó unos instantes y después prosiguió—: Querría fiarme de usted, pero comprenderá que en estos tiempos...

—Escuche, es el único modo de dar a Émeline una posibilidad. Si yo fuera de la policía no tendría ninguna necesidad de convencerlo. ¿Me comprende?

—Claro que lo comprendo. Tiene usted razón. Debo fiarme. Sea. ¡Émeline! Ven.

—¿Quién es él, Jacques? —preguntó la niña mirando a Fabien.

—Es un amigo de tu mamá. Y quiere llevarte a casa de tu abuela. ¿Quieres ir con ella?

—¿La abuela Danielle?!

—Sí —respondió Fabien—. Te está esperando.

—Oh, sí. ¿También están allí papá y mamá? Decían que querían ir allí.

—No lo sé, pequeña. Pero la abuela te protegerá. Vete ahora con el señor Fabien. Yo me fío de él.

—Pero no me gusta dejarte aquí solo, Jacques —dijo la niña.

—Émeline, yo no estoy nunca solo. Tengo mis estrellas. ¿Te acuerdas? Y además algún día volverás a encontrarme.

—Seguro que volveré. Eres mi mejor amigo, ahora eres el único amigo que tengo.

—Vete ahora, pequeña Émeline. Fabien tiene que irse.

—Sí, debemos irnos —asintió Fabien mirando a su alrededor por miedo a que alguien hubiera advertido su presencia y llamara a los gendarmes.

Émeline buscó en el bolsillo de su falda. Cogió su estrellita y se la dio a Jacques.

—A mí me ha traído suerte —le dijo—, ahora te toca a ti. Consérvala, por favor. De este modo sabrás que volveré a verte.

En lugar seguro

Brigitte y Pierre estaban en el campo de Drancy. Desde allí llevaban a los judíos a Auschwitz, pero ellos no lo sabían. Un día recibió Brigitte una carta. Era de su administrador. Los nazis abrían todas las cartas, de ahí que el contenido debía tener en cuenta a los espías.

Fabien había escrito:

Querida señora Brigitte:

En calidad de administrador de vuestra propiedad debo decirle que sus postigos azules se quedarán como están. He convencido a los copropietarios de

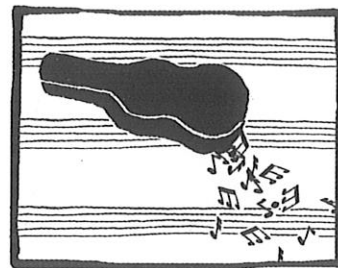
que es la mejor de las soluciones. También debo comunicarle que me he ocupado personalmente de todo lo relacionado con usted. No se preocupe por lo que ha dejado aquí, incluso lo que parecía perdido está ahora en lugar seguro, en su casa natal.

Reciba, junto con mi saludo, mi estima y mi amistad.

Fabien Durand.

Pierre y Brigitte comprendieron de inmediato que hablaba de Émeline y que la niña debía estar con su abuela en Le Val André, en la Bretaña.

Se serenaron. Émeline estaba a salvo, y eso era lo más importante. Al día siguiente salieron para Auschwitz, con dos maletas. A los dos los pusieron en la fila de los que habrían de pasar inmediatamente a la ducha. Cuando le dijeron a Brigitte que escribiera su nombre y su apellido en la maleta, ella se limitó a escribir: *Te quiero mucho, Émeline. Mamá.*



Dawid
Polonia

El violín

—**E**scucha bien, Dawid. Quiero que te quedes escondido aquí y que no te muevas. Respira bajito, nadie debe oírte. Y tienes que prometerme que oigas lo que oigas, pase lo que pase, te quedarás quieto en tu sitio. ¿De acuerdo?

—Pero ¿por qué, papá? ¿Por qué tengo yo que quedarme escondido en la bodega y ustedes no? Si vienen los alemanes los encontrarán.

—En este pequeño escondite no cabe más que un niño, Dawid. Ni siquiera puede entrar tu hermana Marja. Si no encontrarán a nadie, los nazis registrarían toda la casa de arriba abajo y al final nos descubrirían. Pero ahora no

tenemos tiempo de discutir, Dawid. Están a punto de llegar. Tú no te muevas y sal de aquí solo mucho después de que hayas dejado de oír ruidos. Y cuando salgas, aunque nosotros ya no estemos, debes encontrar el modo de huir del gueto. Cuando estés fuera, no antes, quítate del brazo la franja blanca con la estrella amarilla e intenta llegar hasta el señor Jan Posnan. Vive en la calle Wawelska número 25, una calle ancha que bordea el parque; tal vez él pueda ayudarte. Cuéntale todo, es médico como yo, hemos trabajado juntos y éramos amigos, aunque no nos vemos desde hace mucho tiempo. ¿Has comprendido bien?

—Sí, papá, haré lo que me dices.

—Muy bien, Dawid. Todo irá bien, aquí no te encontrarán. Hasta pronto, hijo mío —le dio un abrazo fuerte.

Después se acordó de una cosa, corrió afuera y volvió con un violín.

—Tenlo contigo, te ayudará en los momentos tristes y te acompañará en los momentos felices, cuando vuelva la alegría —dicho esto, cerró la trampa que había hecho en el suelo, dispuso con cuidado las dos capas de tablas de madera que la recubrían, acomodó los toneles de vino que estaban delante y subió las escaleras de prisa hacia la puerta de la casa. Había oído los pasos de los alemanes.

Dawid esperó. Oyó muchos ruidos procedentes de arriba, y sobre todo los gritos de los nazis. No le llegaban las voces de su padre, de

su madre o de su hermana Marja. En un determinado momento escuchó los disparos. Los había oído con frecuencia desde que los alemanes encerraron a todos los judíos de la ciudad de Varsovia en el gueto. Había visto morir a un montón de gente desde que los nazis invadieron Polonia en el año 1939. Mataban sin piedad: a hombres, ancianos, mujeres y niños; en alguna ocasión ya había visto matar a personas ante él, conocía bien la ferocidad de los hombres. Los alemanes no se ocupaban de los muertos y algunas veces los muertos quedaban en la calle. El hedor era insoportable; después llegó el invierno y la situación había mejorado con el hielo. De vez en cuando aparecía un camión que se llevaba los cuerpos de las calles: era la policía judía, que obedecía las órdenes del mando alemán; se contaba que los echaban en una fosa, fuera de la ciudad, todos juntos, sin siquiera un adiós. La tierra los cubría y todo acababa allí.

¡Qué frío hacía aquel invierno de 1942 en Varsovia! Dawid no recordaba otro invierno tan gélido. También los alemanes debían tener frío, porque cada día estaban más nerviosos y cuando se enfurecían disparaban todavía más. Algunas veces incluso al azar, solo por moverse un poco, para calentarse, golpeaban a los que pasaban y después se divertían contando a cuántos habían molestado.

Dawid permanecía inmóvil en el pequeñísimo escondite que su padre había excavado

en la bodega. Tenía once años y sabía bien que aquellos disparos habrían matado a alguien. Pero ni siquiera tuvo tiempo para preocuparse por sus padres y su hermana, porque los oyó llegar. El miedo lo dejó petrificado. Echaron abajo la puerta de la bodega y lo llamaron por su nombre. "Eran precisos los alemanes, eran enterradores ordenados", pensó Dawid, que no perdía nunca el sentido del humor. Los nazis conocían a todos los componentes de la familia de la casa a la que iban a buscar a los judíos. Estaban jugando con él, se divertían porque estaban seguros de que lo encontrarían. Jugaban al gato y al ratón y, en efecto, Dawid se sentía en ese momento precisamente como un ratón.

Sin embargo no se movió, y aunque hubiera querido hacerlo sus piernas estaban paralizadas. Ni siquiera oía el sonido de su respiración, tal vez había dejado de respirar. Tal vez estaba muerto y no se había dado cuenta.

Los soldados seguían llamándolo, se estaban impacientando. Estaban sobre la trampilla, caminando prácticamente sobre su cabeza.

Habrían podido oír el crujido de una tabla y comprender que allí abajo había un escondite. Pero su padre había reforzado el pavimento donde estaba el agujero, había realizado un trabajo perfecto y Dawid esperaba poderse lo decir algún día.

No había tiempo para seguir buscando, el oficial que se había quedado arriba llamó a sus

soldados. La redada de judíos había terminado. Los alemanes se marcharon de allí, tal vez a cumplir con su deber en otra casa. Pero Dawid no se movió. Aún los oía caminar por las escaleras del edificio, otros disparos, otros gritos. Después, nada. Nadie lloraba, nadie se lamentaba. Nadie gritaba. Silencio.

Dawid no salía. Recordaba la recomendación de su padre, y esperaba. Esperó y esperó mucho tiempo. Sentía que se ahogaba, pero no salía. Pasaron dos noches, aunque Dawid no estaba seguro. Era difícil tener conciencia del tiempo transcurrido en aquellas condiciones. A la mañana del tercer día oyó voces procedentes de la calle. Se decidió a salir: el ruido que haría se confundiría con los otros.

Cuando intentó moverse sus piernas no le respondieron. Intentó darles un masaje, después empezó a mover los dedos de los pies. Poco a poco su cuerpo se fue despertando. Consiguió desplazar las tablas y sacó la cabeza; estaba aterrorizado por la idea de encontrarse con los nazis, pero por fin se animó a subir.

Dawid se queda solo

Había visto muchas muertes en el transcurso de los dos últimos años. Sin embargo, ver en el suelo a sus padres y a su hermana Marja era diferente. No se los habían llevado a los campos de trabajo como decían todos, los habían matado. Era su sangre la que estaba sobre los divanes y sobre las cortinas. El rostro de Marja era irreconocible.

Dawid se esforzó en recordar el rostro de su hermana. No pudo. *¿Cómo era posible? Él debía recordar.*

Estaban en el suelo, indefensos, mudos. Dawid habría querido estar con ellos. *¿Por qué estaba vivo? ¿Qué mal había hecho? Era demasiado dolor, no lo podía soportar.*

Y, en efecto, no conseguía llorar, se sentía vacío como un tronco de árbol ahuecado, pero también se sentía pesado, tan pesado que ya ni siquiera se movía. ¿Eran precisamente ellos? Tres días antes se había peleado con Marja, y después habían hecho las paces riéndose de su madre, que hacía un año que no iba a la peluquería y que con el pelo en esas condiciones parecía una bruja.

—Mamá, ¿de verdad me has dejado solo?

Se dejó caer en tierra y empezó a acariciar a su madre. Como sintió la mejilla fría y dura bajo sus manos, comenzó a llorar, cada vez más fuerte, sin poder detenerse. Aquel rostro gélido era la prueba de que su madre estaba muerta de verdad, ya no existía. Estaba solo.

Habría debido marcharse como le había dicho su padre; sin embargo, ¿cómo podía dejarlos? En cierto modo, si se quedaba allí, era como tenerlos todavía cerca. Pero si se marchaba era como perderlos para siempre.

Después oyó un ruido, y el instinto de supervivencia fue más fuerte que todo. Dawid se escondió.

Entró un niño. Dawid lo reconoció: vivía en el cuarto piso, se llamaba Piotr y debía tener unos ocho años. Dawid no lo conocía gran cosa, era muy pequeño para él. Y además, lloraba demasiado para su gusto.

En efecto, el niño empezó a llorar fuerte cuando vio a la madre, al padre y a la hermana de Dawid.

En ese momento Dawid salió de su escondite. —¡Cállate! —le ordenó—. Pueden oírte y volver.

Cuando se recuperó del espanto, Piotr se sintió feliz al ver a Dawid. Tal vez fueran ellos los únicos habitantes del edificio en aquel momento.

—¡Entonces, estás vivo! Estaba pensando que te habrían llevado —dijo Piotr.

—Sí, estoy vivo. ¿Cómo has hecho tú para salvarte? ¿Dónde están tus padres?

—Mi madre me escondió en la buhardilla, en el techo, y no miraron en ese sitio... Se los han llevado —Piotr empezó a llorar de nuevo, parecía inconsolable.

Dawid estaba perdiendo la paciencia. ¿Qué debía hacer con Piotr? ¿Tenía que llevárselo con él?

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

—No lo sé —respondió Piotr. Después le preguntó, con ojos implorantes—: ¿Qué vas a hacer tú? ¿Me puedo quedar contigo?

—Debemos intentar salir del gueto. De otro modo no nos salvaremos.

—Pero ¿cómo lo vamos a hacer? —dijo el niño más pequeño.

—No lo sé. Pero ya es hora de que nos vayamos. Tú sígueme y no digas ni una sola palabra, ¿lo has comprendido?

—Puedes estar tranquilo, seré mudo.

Dawid besó a sus padres y a su hermana Marja, tomó su abrigo para él y le dio una de

sus chaquetas al otro niño: no podían arriesgarse a volver a casa de Piotr, era mejor pasar un poco de frío que tener algún encuentro desagradable. Dawid buscó a continuación el violín y lo puso en el estuche negro que había dejado dentro del armario.

154

—¿Por qué te lo llevas? —preguntó extrañado Piotr señalando el violín.

—No voy a ninguna parte sin él —le respondió Dawid.

El extraño cortejo de los músicos

Emplearon media hora para llegar al rellano del tercer piso. Lo hacían todo lentamente, mirando siempre hacia atrás. Piotr resultó más despierto de lo que Dawid hubiera imaginado. Fue una suerte.

Ya estaban fuera, pero ¿qué iban a hacer ahora? Era por la mañana y por el gueto circulaba toda clase de personas, casi todas enfermas: las condiciones de vida eran ahora insostenibles. No había nada para comer, los pobres morían de hambre sin que nadie se diera cuenta. En aquel infierno todo se había vuelto normal, hasta la desesperación.

En un determinado momento apareció un soldado nazi con un policía del cuerpo de guardia judío. Los dos niños se quedaron sin respiración. Los miraban petrificados, esperando su reacción. Los policías judíos podían ser incluso peores que los nazis. La cosa no tenía nada de extraño, pensaban que lo más importante era sobrevivir y se hacían la ilusión de que comportándose de ese modo servil con los alemanes estos les perdonarían la vida. Sin embargo, no fue así: cuando ya no les servían, los mataban.

El soldado alemán cuchicheó con el policía y este se dirigió después a Dawid:

—¡Eh, tú!, ¿eres músico?

Al acordarse del violín, Dawid asintió. No sabía lo que le esperaba, pero al menos todavía no estaba muerto.

—¿Y él? —le preguntó el soldado señalando a Piotr.

—Él canta —improvisó Dawid—. Hace el coro.

El alemán los intimó a seguirlos. Doblaron por una esquina de la casa y se encontraron con un grupo de niños, muchos de los cuales tenían algún instrumento musical. El nazi hizo una seña a Piotr y a Dawid para que se pusieran en la fila con los otros niños del gueto, músicos todos ellos.

Evidentemente los habían ido reclutando por las calles o entrando en las casas. Quién sabe para qué servirían, pensaba Dawid.

—¿Me habías oído cantar, Dawid? —le preguntó Piotr cuando estuvieron en la fila con los otros.

—No, ¿es que cantas de verdad?

—¡Sí! Formo parte de un coro de voces blancas.

—No lo sabía, pero es mejor así —concluyó Dawid, que empezaba a sentir los mordiscos del hambre. En ese momento se acordó de que llevaba tres días sin comer. Sentía que se iba a desvanecer, le faltaban las fuerzas, hacía frío, y caminar sin nada en el vientre no era lo ideal. Su pensamiento se trasladó después hacia sus padres y su hermana muertos, y el estómago se le cerró de nuevo. De ese modo empezó a caminar de nuevo en silencio. Probablemente le sucedía lo mismo a Piotr, pero Dawid no le preguntó nada, no podía hacerlo. El dolor estaba todavía allí, al acecho, pero él no podía permitirse llorar y desesperarse. Era preciso tener sangre fría y autocontrol para seguir con vida.

Dawid no quería tocar para los nazis que habían matado a su padre, a su madre y a su hermana, debía conseguir escapar de allí. Le susurró a Piotr que se quedara el último, porque quería descolgarse de aquel cortejo. Pero iban escoltados por tres soldados. Habló con algunos de los niños y le explicaron que se dirigían hacia el cementerio católico, situado al este de la ciudad. Había muerto un intelectual alemán que vivía en Varsovia desde

hacía mucho tiempo, muy fiel a Hitler. Este intelectual había expresado su deseo de que, en su funeral, un coro de niños cantara canciones tradicionales polacas; por eso los alemanes habían reclutado a los jóvenes músicos del gueto. Todos ellos mano de obra de costo cero. Hacían lo mismo con cualquier trabajo que hubiera que hacer en la ciudad.

No, Dawid no tocaría en el funeral de un nazi; él hubiera deseado tocar aquel día el violín para su padre, su madre y su hermana. Habría querido tocar para expresar con la música el dolor que le oprimía el estómago y el pecho. Contar con el violín los días que habían pasado juntos, la armonía y el amor que los mantenía unidos.

Dawid y Piotr estaban en la fila. Sin dejar de mirarse, tenían un ojo puesto en el guardia alemán que estaba detrás de ellos vigilando aquel extraño cortejo.

En un determinado momento salieron del gueto y dejaron a sus espaldas el largo muro que habían construido los alemanes para encerrar a los judíos, indignos, según ellos, de convivir con los de raza aria.

Una vez fuera del gueto, la vida empezó a discurrir de nuevo ante sus ojos precisamente tal como la habían dejado tres años antes. Al otro lado del muro, por consiguiente, la gente no pasaba hambre ni frío, no había cadáveres por el suelo, no había soldados nazis en cada portal, no había enjambres de mendigos enfermos de

tuberculosis o de tifus que pedían limosna, los militares no gritaban a los transeúntes ni les disparaban solo para divertirse.

Los soldados nazis hablaban aquí y allá con las personas y parecían amables. Fuera del gueto la gente reía, había un mercado con mucha fruta, verdura y especies de colores, collares y ropa. Y se oía la música procedente de los bares y de los restaurantes. Sí, había aún restaurantes donde la gente iba a celebrar los cumpleaños; todavía había gente feliz, había hombres, mujeres y niños, fuera del gueto. En este último solo había judíos. Hediondos, llenos de piojos, sucios y enfermos. Y cada vez más pobres, porque día tras día les iban quitando todo.

Las plazas estaban llenas de gente y las tiendas permanecían abiertas. Y en los patios de las casas la gente se asomaba a las ventanas para tender la ropa. Dawid se había olvidado ya de lo que era vivir de manera normal: hacía tres años que no veía nada como esto. Él había dejado de ser niño a la edad de ocho años. Ni siquiera había podido asistir a la escuela de violín. Fue su padre quien le enseñó. Era médico, aunque en realidad le hubiera gustado ser músico; había estudiado en el conservatorio, pero, más tarde, sus padres, y sobre todo su padre, médico de renombre, quisieron que continuara la tradición de la familia. Ya no quedaban escuelas en el gueto.

Según decían los alemanes, los judíos eran animales. No tenían derecho a la educación. Era algo inútil para ellos.

Dawid miró a Piotr: él había dejado de ser niño cuando solo tenía cinco años. Por el modo en que miraba a su alrededor, con la boca abierta por la sorpresa, se hubiera dicho que no recordaba una vida diferente de la del gueto. Pobre Piotr. Era el primer sentimiento de ternura que experimentaba hacia su compañero de viaje, al que había encontrado un poco por casualidad.

De repente, el soldado de guardia que iba al final del cortejo se distrajo con una muchacha que le había pedido una información en alemán.

Dawid miró a su alrededor: vio un portal abierto.

El cortejo de los niños músicos giró hacia una calle secundaria mientras el soldado seguía hablando con la muchacha, que caminaba junto a él, y él parecía no tener ojos más que para ella. Era una ocasión que no podían perder: Dawid asió a Piotr por un brazo y se quedó atrás. Un segundo después, los dos niños se habían metido en el portal.

—¿Y si nos descubren? —susurró Piotr, muerto de miedo.

Dawid se sentía mayor, sabía que tenía en sus manos las riendas de la situación y debía mostrar seguridad para infundir valor a su pequeño amigo.

—Puedes estar tranquilo, Piotr, el alemán no se ha dado cuenta de nada, ni tampoco los otros niños.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Vamos a quedarnos un poco aquí, por seguridad; después nos iremos a buscar al amigo de mi padre que vive en la calle Wawelska.

—¿Sabes dónde se encuentra? ¿Ya has estado allí?

—No, pero la encontraré, no te preocupes, Piotr. Está junto a un gran parque. Te llevo al parque, ¿no estás contento? Después de todo eres un niño, ¿no? —le dijo con suficiencia, dándole a entender que ya era hora de callar.

Salieron antes de que se hiciera de noche. No sabían si había también allí toque de queda, todavía estaban cerca del largo muro que dividía la ciudad en dos. Aunque el gueto y su vida de miseria, en poder de los esbirros alemanes, parecían muy lejos de allí. Dawid se acordó de las palabras de su padre y antes de salir se quitó del brazo la franja con la estrella amarilla e hizo lo mismo con Piotr.

Ya sin la estrella, nadie podría decir que eran judíos. Solo eran dos niños polacos. Dawid empezó a preguntar dónde estaba la calle Wawelska y todos le respondían con amabilidad. Quién sabe cómo habrían reaccionado los polacos de raza aria si hubieran llevado la estrella amarilla en el brazo, pero no podía someterlos a prueba.

Pasaron junto a un mercado; los campesinos estaban cerrando los puestos de fruta y verdura y se marcharían pronto. El hambre que tenían los niños era ahora demasiado grande. Ni Dawid ni Piotr se sostenían ya sobre las piernas. Los dos niños vieron a algunas personas que recogían lo que los campesinos dejaban; se acercaron y empezaron ellos también a rebuscar entre los restos del mercado, intentando no molestar a los que habían llegado antes que ellos. Hicieron una reserva de víveres con todo lo que encontraron y después se instalaron en un rincón a comer: manzanas, zanahorias, patatas, de todo. Poco a poco fueron recuperando fuerzas.

Una hora después, Dawid decidió que ya era tiempo de ponerse otra vez en marcha.

La mujer de Jan Posnan

Los dos niños recorrieron muchas calles desconocidas. Dawid caminaba estrechando su violín; no lo habría dejado nunca por nada del mundo, era lo único que lo unía aún a su padre y a su madre. Se lo habían regalado ellos cuatro años antes para su cumpleaños. No hubieran podido hacerle un regalo más hermoso. Desde aquel día no lo había abandonado nunca: adonde iba Dawid allí iba también su estuche negro, que se volvía cada vez más pequeño a medida que el niño iba creciendo. Se trataba de un violín de gran valor: su padre había elegido el mejor para él, aun a costa de darle una buena acometida a los ahorros de la familia.

Al final, extenuados, los dos niños llegaron al número 25 de la calle Wawelska, una calle que bordeaba un enorme parque, justamente como le había dicho su padre.

Dawid se armó de valor y fue a llamar a la puerta del señor Posnan. Estaba en la planta baja.

La puerta no se abrió, pero oyeron al otro lado la voz de una mujer que preguntaba:

—¿Quién es?

—Me llamo Dawid y soy el hijo de Jakub Lewicka, querría hablar con el señor Posnan —dijo en voz baja. Era mejor que no se oyera el apellido judío.

Silencio. Ningún ruido al otro lado de la puerta. Dawid comprendió que la mujer estaba evaluando si abrir o no. Por fin se decidió y la puerta se abrió lentamente.

—Me llamo Helena. Conocía a tu padre. ¿Dónde está ahora?

—Lo dejé sobre el suelo de nuestra casa, señora. Los nazis lo han matado, junto con mi madre y mi hermana.

La mujer los hizo entrar, se aseguró de que no hubiera nadie dando vueltas por allí y cerró la puerta.

Se puso a llorar por la muerte del padre de Dawid y, a continuación, les contó que su marido, el señor Posnan, también había muerto. Fue en el hospital donde trabajaba como médico: un día llegó un judío, los nazis no se dieron cuenta, lo habían llevado junto con

otros trabajadores polacos que habían sido heridos en el hundimiento de un edificio; pero cuando descubrieron que era judío no lo quisieron curar y decidieron enviarlo fuera.

—Aquel hombre se encontraba tan mal —les contó Helena— que Jan, mi marido, no podía permitir que lo echaran sin que lo hubieran curado. Discutió con el oficial alemán, quien, en un momento determinado, sacó la pistola y mató al enfermo y a mi marido. Así, sin ninguna razón, solo porque, según él, Jan le había faltado el respeto y porque había defendido a un judío. ¿Comprendes, Dawid? Hoy se muere en Varsovia por esto... —la señora Helena empezó a entonar después una triste canción de difuntos, y mientras cantaba, lloraba y parecía ausente. Ahora estaba lejos. La muerte tan absurda de su marido debía haber sido insoportable para ella. Evidentemente, cuando ya no conseguía tolerar aquella idea, se iba por su cuenta, abandonaba a todos y permanecía lejos del mundo refugiándose en la música. Dawid vio un piano y comprendió que la mujer sabía tocar.

Le pidió que tocara, ella no esperaba otra cosa: el piano le devolvía los momentos de quietud que había perdido después de la muerte de su marido.

Cuando acabó de tocar, Helena pareció recuperar la razón. Fijó su mirada en los dos niños y les dijo:

—Yo solo los puedo tener aquí hasta mañana, después deberán encontrar otro sitio. Lo

siento, pero no quiero morir como Jan —al menos era sincera, pensó Dawid.

Se durmieron vestidos, Piotr en el sofá y Dawid en el suelo, sobre unos cojines.

Durmieron hasta bien entrada la mañana. Helena los despertó con una rica comida.

—Esto es lo que les puedo ofrecer, niños —les dijo, excusándose.

Era evidente que las personas que estaban fuera del gueto no sabían nada de cómo era la vida allí dentro.

Todo estaba racionado para los judíos. Hacía mucho tiempo que Dawid no comía pan con mantequilla y mermelada en el desayuno. Ni siquiera los más altos cargos del Consejo judío, que gozaban de muchos privilegios respecto del resto de la población del gueto, tenían pan con mantequilla y mermelada. Con todo, no habrían de durarles mucho esos privilegios: pronto los cargos administrativos del gueto se volverían inútiles para los alemanes.

¿Y el pan? Dawid recordaba que su madre lo hacía en casa, también con las patatas, y este era su preferido. Todo había acabado. En el fondo, decía la madre de Dawid, ellos eran afortunados, había muchas personas que morían de hambre.

Los dos niños tomaron un baño caliente, esto era también un recuerdo lejano. A continuación, Helena los acompañó a la puerta.

—Que Dios los proteja —les dijo la mujer de Jan Posnan antes de hacerlos salir por una

puerta de servicio, que daba directamente a la calle. Les había regalado dos bufandas y dos gorros de su marido, una chaqueta y una camiseta de lana gruesa, porque se dio cuenta de que iban vestidos demasiado ligeros para el frío que hacía afuera. Por último, Helena les preparó dos bocadillos de mermelada para la jornada. Después deberían arreglárselas por su cuenta.

Estaban de nuevo en la calle, con el frío de febrero.

—¿Qué hacemos ahora, Dawid? —preguntó Piotr, que continuaba teniendo hipo por lo mucho que se había atiborrado de pan.

—¿Y cómo voy a saberlo, según tú? —aquellas preguntas sacaban de quicio a Dawid—. Estrújate tú también la cabeza —le dijo el muchacho con impaciencia.

—¿Y si volviéramos al gueto? —propuso Piotr—. Allí al menos conocemos a alguien...

—Pero ¿todavía no has comprendido que quieren matarnos a todos? Mi padre me lo explicó con toda claridad, por eso me dijo que me quitara la estrella de David y huyera del gueto. Olvídate de que yo vuelva allí.

—Entonces vayamos al parque —propuso Piotr de manera tímida.

“Eso es, esta no es una mala propuesta”, pensó Dawid.

—Me ha venido una idea, vayamos al parque. Piotr lo siguió dócilmente.

Tereza

Los dos niños encontraron que el parque estaba abierto y entraron.

–Tú cantas y yo toco –dijo Dawid. Podemos hacer pequeños duetos y recoger algunas monedas para comer. Si alguien nos pregunta los nombres, no digas “Piotr”; de ahora en adelante tú serás Gustaw, y yo, Teodor. Recuérdalo, por favor, porque los nombres judíos son conocidos y nos volverían a llevar al gueto, en el mejor de los casos.

Piotr era muy bueno cantando. Conocía muchos himnos patrióticos y cantos tradicionales polacos, que siempre ejercían un gran impacto en las personas. Cuando Piotr debía

dejar descansar la voz, Dawid se divertía más porque no se veía obligado a tocar aquellas insulsas cancioncillas polacas que se escuchaban en los restaurantes para turistas, en vez de la música que les gustaba a él y a su padre. Sobre todo Chopin. Cuando tocaba Dawid, el violín y él se fundían en un solo corazón, en un único sonido.

Estaba empezando a anochecer y las personas se iban marchando del parque; los dos niños necesitaban dormir. El cansancio los había asaltado de improviso y en cuanto se tendieron se durmieron. Habían encontrado junto al parque un local abandonado que debía haber sido un pequeño restaurante.

Todavía estaba limpio y había agua, por lo que los dos niños dormían allí y por la mañana podían lavarse. Una verdadera suerte, según Dawid; una pocilga llena de pulgas, según Piotr.

En efecto, tras una semana de aquella vida los dos chicos habían adelgazado mucho, estaban flacos y apagados. Las monedas que recogían en el gorro que había pertenecido a Jan Posnan eran cada vez menos. Sucedió que las personas que pasaban por el parque eran a menudo las mismas y sus dúos ya no representaban una novedad. Hasta su repertorio se había vuelto repetitivo. Los primeros días llegaron a llenar el gorro, pero una semana después las monedas se contaban con los dedos de una mano. Tenían hambre. Un día

el pequeño Piotr se desmayó mientras cantaba. El hambre, el frío y, probablemente, la fiebre lo habían extenuado en aquellos días cada vez más duros.

Mientras tanto se había detenido un grupito de personas para preguntarle a Dawid si necesitaba ayuda para el niño, que suponían su hermano. Entonces oyó a una mujer que decía en voz alta:

—Pero ¿eres tú? ¡¿Eres tú precisamente?!

El chico se volvió y vio una cabeza rubia. Una figura delgada y menuda le salía al encuentro con el rostro preocupado.

—Dawid, pero ¿es verdad que no te acuerdas de mí?

Pues claro, ahora caía en la cuenta de quién era la muchacha. Era la niñera, la tierna y joven Tereza que había estado durante un año con su familia. Tereza. Cuando llegó, en 1938, tenía solo diecinueve años y, más que una niñera, había sido para Dawid y para Marja una compañera de juegos y una preciosa confidente.

Sin embargo, Tereza era católica y, para los nazis, era inmoral que una persona de raza aria sirviera en una casa de parásitos de raza judía. Tuvo que marcharse, y Dawid se acordaba todavía de su llanto el día en que tuvieron que despedirse.

Teresa se reveló también muy práctica. Antes de seguir hablando con Dawid se inclinó sobre el pequeño Piotr y empezó a frotarle

las manos heladas, después sacó algo del pan que llevaba en la bolsa, todavía caliente, y se lo pasó por debajo de la nariz. Piotr se reanimó. Estaba hambriento, tomó el pan y empezó a morderlo con ardor.

Tereza le dio también a Dawid; mientras, Piotr se iba recuperando y los transeúntes curiosos acabaron por alejarse, con lo cual se quedaron solos.

Tereza hizo que Piotr se sentara en un banco con otro trozo de pan. Le dijo que lo comiera despacio, porque le podía hacer daño si llevaba ya tantos días de ayuno.

—Querido Dawid —dijo Tereza tomándolo de las manos—, estoy contenta de verte, pero tengo miedo de preguntarte por qué estás aquí solo.

Dawid empezó el relato. Y con Tereza no se retuvo, lloró como un niño pequeño, hasta tal punto que Piotr, al oírlo sollozar, empezó a hacerlo él también, en silencio.

También Tereza lloraba, y cuando paró no se le borró la tristeza de los ojos.

—Dios los castigará por lo que están haciendo, son unos malvados, y quiero creer que no habrá perdón para tanta maldad —comentó Tereza con ímpetu—. No pueden seguir viviendo de este modo —le dijo por fin a Dawid—. Van a venir conmigo, he recibido una pequeña herencia de una tía mía y he podido comprar una casita aquí cerca. Ya no trabajo de criada, sino que me arreglo con

la costura, me he convertido en una buena modista... Con todo, debemos estar atentos. Será preciso inventar una historia para los vecinos, gente curiosa, y tú sabes que Varsovia está llena de espías de los alemanes... Por mi casa pasa mucha gente para que les tome las medidas de la ropa...

—Gracias, Tereza, eres muy buena, así precisamente era como te recordaba —susurró Dawid—. También nosotros sabemos que es preciso estar muy atentos. Hasta nos hemos cambiado de nombre: ahora nos llamamos Teodor y Gustaw, aunque él se llama en realidad Piotr.

—Está bien —concluyó la muchacha—, procederemos así. Diremos que son sobrinos-nietos de esta tía mía, que me ha dejado en herencia la renta y... también a ustedes dos. Diremos que son hermanos, hijos de una prima de ella. Diré que en el testamento de la tía había una cláusula que yo he aceptado: si el padre de ustedes muriera, sería yo quien me ocuparía de cuidarlos, porque no tienen otros parientes vivos. Su madre ha muerto hace ya muchos años. ¿Está todo claro, Dawid?

Tereza había tenido siempre una fantasía febril. Inventaba cuentos bellísimos cada noche para acostar a Dawid y a Marja.

—Está clarísimo. Yo se lo explicaré a Piotr, puedes estar tranquila. No sé cómo darte las gracias... Te arriesgas mucho, los nazis no tienen piedad con los que ayudan a los judíos.

-También ellos desaparecerán algún día, Dawid. Solo debemos esperar aquí a que desaparezcan antes que nosotros -dijo Tereza con una sonrisa, para darle ánimos al niño.

La vecina de al lado

La casa de Tereza era verdaderamente pequeña. Además de la cocina y del baño, tenía tres habitaciones: una que hacía de dormitorio para ella, otra que había habilitado para taller de modista y una sala de estar, pero eran minúsculas. Sin embargo, había de todo.

Afortunadamente, había un sofá cama en la sala de estar. Los niños se acomodaron en él.

No faltaban ni el alimento ni el calor de las estufas. Y Tereza no se enfadaba nunca.

La consideraban un poco como un ángel y algunas veces se preguntaban si era verdad lo que estaban viviendo o si estaban ya en el Paraíso.

Se reían también un montón, porque Tereza tenía sentido del humor y contaba siempre cosas divertidas. Así, cuando las señoras que venían a probarse la ropa se marchaban, Tereza empezaba a imitarlas, y se reía de su modo de comportarse o de su actitud de gran dama. Les contaba a Piotr y a Dawid la vida de las señoras que pasaban por su taller, y a veces se mostraba verdaderamente despiadada.

Era este un aspecto de Tereza que Dawid no conocía precisamente, pero no le disgustaba, porque aquellas risas lo ponían de buen humor.

Un día sonó el timbre, pero no era una de las acostumbradas clientas de Tereza. Era una vecina, anciana y con unas gafas pequeñas con vidrios muy gruesos. Tereza la trataba con gran amabilidad; sin embargo, la vieja no le gustaba nada a Dawid. Era demasiado curiosa, preguntaba siempre muchas cosas sobre él y sobre Piotr. Y cuando Tereza le explicaba la situación, los miraba con aire escéptico.

Aquel día la señora Zofia fue a llamar con la excusa de que le faltaba azúcar para una tarta. Dawid estaba seguro de que la vieja había venido para curiosear y porque quería descubrir quién sabe qué secreto.

—Así pues, jovencito —le dijo la mujer a Dawid—, sé que has tomado clases de violín, porque te oigo tocar de vez en cuando. ¿Dónde has aprendido?

A esas preguntas tan difíciles respondía siempre Tereza, que no los dejaba nunca solos con nadie. Y mucho menos con Zofia.

Esto irritaba a la vieja señora.

—Sin embargo, jovencito, me parece que te he visto antes en alguna parte. ¿No eres tú el que tocaba el violín en los restaurantes de Varsovia?

—Noooo, ¿está de broma, señora Zofia? —dijo Teresa estremeciéndose—. El padre de Teodor no lo habría permitido nunca. Era un cultor de la música clásica, conocía a todos los autores y toda la música europea. Quería que Teodor se convirtiera en un músico de verdad, no de esos que tocan para los turistas...

—¿De verdad? ¿Y cuál es tu compositor favorito? Pero Teresa, querida, deja responder a Teodor.

—Me gusta Chopin, señora —respondió Dawid con frialdad.

—Oh, Chopin, óptima elección, muchacho —comentó la vieja con una sonrisa.

Sin embargo, a Dawid seguía sin gustarle la vieja, la encontraba falsa y afectada.

—¿Y a tu hermanito? ¿También a ti te gusta la música, Gustaw?

—Sí, señora —respondió él.

—¿Y tu padre quería que te convirtieras en cantante?

—Oh, no —respondió Piotr sin pensarlo—. Era mi madre quien lo quería. ¡Mi padre odiaba la música!

Fue un error imperdonable, un error que la señora Zofia no dejó escapar. Estaba claro que aquellos dos no eran hijos del mismo hombre. Tereza intentó desdramatizar la situación y Gustaw dijo que se había equivocado. Dawid escrutaba a la vieja e intuía que su cerebro, por muy pequeño que fuera, se había puesto ahora en movimiento.

En efecto, volvió a la tarde siguiente. Esta vez su presencia también puso nerviosa a Tereza, pero no podía evitar que entrara. Sobre todo ahora que tenía dudas sobre la procedencia de los niños.

Aquella tarde Zofia Cygan se mostraba intranquila, parecía buscar algo en casa de Tereza. Con diferentes excusas entraba en todas las habitaciones. En un determinado momento pidió ir al baño y, como tardaba en volver, Tereza y Dawid fueron a ver.

La encontraron en la habitación de Tereza. Había entrado en ella sin pedir permiso y estaba mirando una foto que había sobre la mesita de noche. En cuanto vio a la muchacha, la dejó.

—Oh, querida —se justificó en tono de lamento—, espero que sepas perdonarme, soy tan vieja y estoy tan sola que me gustan las fotos en las que las personas que se quieren están juntas.

En cuanto la vieja se marchó, Tereza y Dawid fueron a mirar las fotos que había en la mesita de noche.

Tereza había dejado bien a la vista un retrato de ella con la familia de Dawid, que había sido tomado en 1938.

La foto se había hecho durante una comida. Era una imagen alegre. Dawid se acordaba de que la había encargado hacer su padre para Tereza; era su manera de hacerla sentir parte de la familia.

Dawid estaba más pequeño, pero se lo podía reconocer. Como es natural, no estaba Piotr.

Tereza emitió un grito. Se llevó la mano a la boca como para contenerse, pero ahora ya era tarde.

Se acordó de que le había confiado a la vieja Zofia, cuando empezó a vivir en aquella casa, que había estado trabajando para una familia de personas judías, a las que había cobrado un gran afecto. Se acordó de haber hecho comentarios delante de ella sobre la injusticia de la guerra y de la invasión alemana.

Era probable que la señora Zofia lo hubiera comprendido ahora todo.

Dawid y Tereza se miraron. No sabían qué hacer. Intentaron conservar la calma y reflexionar. No estaban seguros de que Zofia lo hubiera comprendido realmente. En el fondo, tenía más de setenta y cinco años, y en algunas ocasiones también le fallaba la memoria. Y, en definitiva, ¿por qué habría de denunciarlos? Tal vez pudieran intentar hablarle. Tereza estaba convencida de que, si hubiera

sabido la verdad, la señora habría comprendido... Dawid dijo que, por seguridad, quizá sería mejor que él y Piotr se marcharan algún tiempo, a fin de no hacerle correr riesgos a Tereza.

Estaban indecisos. La generosidad de Tereza y su incurable optimismo la inducían a creer que la señora no había estado espionando. Y, de todos modos, quedaba tiempo para tomar una decisión.

Sin embargo, no. Ya no quedaba tiempo. Media hora más tarde la Gestapo estaba llamando a la puerta de Tereza. Llamaron de una manera amable, porque, después de todo, se trataba de una persona de raza aria, aunque estuviera escondiendo a dos judíos.

Tereza estaba esperando a una clienta y pensó que tal vez había llegado con cinco minutos de anticipación.

—Esta es la señora a la que estaba esperando, Dawid. Me daré prisa con ella y después decidiremos lo que vamos a hacer.

Se encontró ante dos hombres vestidos de negro. Hablaban polaco con acento alemán.

Vieron enseguida a los dos niños.

—Usted está manchada por una infamia, señora, lástima. En vez de decirnos que dos parásitos judíos habían huido del gueto, los ha escondido en su casa. ¿Sabe que son portadores de enfermedades? Tifus y tuberculosis, por no hablar de los piojos y de las pulgas. Ahora tendremos que desinfectar su casa.

Pero de todos modos a usted ya no le va a servir... Afortunadamente, tiene usted unos vecinos atentos que sabían a lo que se exponían si hubieran mantenido oculta la presencia de dos judíos, y ellos nos han dado aviso. Han sido verdaderos aliados. Prepare una maleta, los tres van a venir con nosotros.

Al salir, Dawid miró hacia la puerta de Zofia Cygan. No estaba abierta, pero le pareció ver en la mirilla los ojos provistos de gafas de grandes vidrios que los miraban salir con satisfacción. La vieja señora debía encontrarse mejor después de haber actuado como espía. Se sentía por fin en paz con su conciencia; había impedido una probable represalia contra todos los vecinos si los alemanes hubieran descubierto que se escondían en el edificio dos niños judíos. Los nazis eran muy buenos en el arte de hacer que los ciudadanos se sintieran a salvo ejercitando su propia mezquindad.

Dawid salió, junto con Piotr y con Tereza, con su fardo negro a las espaldas.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a Gabriel Eschenazi, por la lectura y la revisión del texto y por los consejos que me ha dado; al doctor Werner Siekmeyer de la Clínica Pediátrica de la Universidad de Leipzig, por la preciosa información que me ha suministrado; y a Clara Sibilla y Hannette Hermann del Goethe Institut de Milán, por su amable colaboración.





Las maletas de Auschwitz

Europa, mediados del siglo XX. De un momento a otro, las vidas de Carlo, Hannah, Jakob, Émeline y Dawid cambian dramáticamente y ellos no consiguen entender por qué. Ya no pueden ir a la escuela, visitar a sus amigos ni jugar en el parque, y son hostigados y perseguidos. Con la llegada de Hitler y la imposición de sus leyes raciales, los judíos europeos se vieron privados de sus derechos como ciudadanos y luego sus propias vidas fueron amenazadas. *Las maletas de Auschwitz* cuenta las historias de estos niños en el marco del nazismo, uno de los momentos más crueles de la historia del siglo XX.



Daniela Palumbo

Es periodista y trabaja en el periódico *Scarp de' Tennis*. Sus primeras historias las escribió en la escuela y a escondidas, en un pequeño diario íntimo, durante la clase de matemáticas. Desde 1998 escribe libros para niños. *Mi mejor amigo*, *Quisiera ser un árbol*, *Solo un año* y *Bajo el cielo de Buenos Aires* son algunos de sus títulos.



Eleonora Arroyo

Es una ilustradora argentina que ha publicado en diversas editoriales de su país y de México. Se dedicó a la educación por el arte y ha hecho experiencias con teatro de sombras. Fue seleccionada para exponer en la Bial de Bratislava. En 2008 participó en la muestra de ilustradores argentinos en la Feria de Bologna. Algunos de los títulos publicados son *El ciempiés y la araña*, de Juan Gelman; *Kashtanka*, de Anton Chéjov, y *Monigote en la arena*, de Laura Devetach.

61079556

ISBN: 978-958-776-017-0



0119

Norma

www.edicionesnorma.com

A partir de los 11 años